



At dos
centímetros
de su
piel

Dulce
Mercede

Sesant

A DOS CENTÍMETROS DE SU PIEL

de

DULCE MERCE

© 2018 Dulce Merce.

Todos los derechos reservados.

Editado por: Diana Alonso y Carmen Herrera.

Banco de imágenes libres de derechos: Freepick.com y Pexels.com.

Portada: Diana Alonso.

Primera edición: Junio 2018

Depósito legal: Número de registro

ISBN: **1805147085953**

*A mis Albertos, siempre.
A mis hermanas. Hasta el infinito.*

Esta historia es continuación del libro *A dos milímetros de su boca*

ÍNDICE

I

II

III

IV

V

VI

EPÍLOGO

ADMDS

Agradecimientos

Derechos

I

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás dejando que el sol de la mañana me caliente la cara. El invierno está siendo duro, mucho más de lo que me había imaginado en un principio, y no solo por el clima, que también, sino porque nunca pensé que me costaría tanto acostumbrarme a estar de nuevo sola.

Cuando Rodri me dijo que tenía que marcharse a Miami a hacer de coreógrafo en la grabación de un musical, ambos pensamos que no sería más de un mes. Ya lleva cerca de tres, y le echo tanto de menos...

—¡Hey! ¿Estás bien? —pregunta Silvestre, al ver que me he quedado en la inopia.

—Le echo de menos.

—Lo sé. ¿Necesitas desahogarte? ¿Ha pasado algo? ¿Más celos absurdos?

Me coloco bien en la silla y le miro a los ojos, recordando por un momento el numerito de este verano con Sole y el dichoso vídeo musical.

—No empieces —digo mientras le apunto con el dedo—. No fueron celos. Fue el resultado de un tocamiento de pelotas descarado.

—Entraste al trapo demasiado rápido, cariño. Ella no tenía nada que hacer y tú lo sabías de sobra.

Le quiero contestar, pero se acaba de poner las gafas de sol para mirar hacia el cielo en un claro gesto de «paso de ti ahora mismo». Saco la lengua en una mueca infantil y estúpida, puesto que no puede verme, y me coloco de nuevo como estaba. Sentir el calor en mi cara, y la sensación tan agradable de estar al aire libre, no impide que los recuerdos de ese momento inunden mi mente.

Tiene razón. Fue absurdo, pero esa chica me hizo dudar. También es verdad que esa duda se disipó enseguida, más que nada porque, tras la propuesta en plena grabación, Rodri se mudó conmigo y reestrenamos todas y

cada una de las superficies de mi casa... nuestra casa.

«¡Coño, qué calor!».

Me quito la bufanda con prisa. Entre que estoy más caliente que el horno de un panadero y que el sol me está dando de lleno, me estoy asfixiando. Quiero concentrarme en la sensación de paz que me produce estar al aire libre e intento dejar de lado el recuerdo de mi ausente novio.

—Oye.

—Qué.

—Que se te ve una teta.

«¿¡Otra vez la teta insurrecta!?».

Doy un bote en la silla y me tapo el escote mientras escucho las risas de unos niños a mi derecha. Los observo como si pudiera desintegrarles de un solo vistazo, pero mi mirada letal no debe de ser muy convincente porque siguen riéndose antes de salir corriendo hacia los columpios.

—Serás bruja... Pobres niños —me dice Silver sin moverse un milímetro.

—Tú a lo tuyo, a ponerte morenito para Bruno y a dejarme en paz.

—Ah, ...—suspira con cierto tono de melancolía—... Bruno. Ojalá supiera algo de él.

Frunzo el ceño y me muevo, con la silla agarrada al culo, para quedar de frente.

—¿Cómo que no sabes nada de él? —pregunto sin poder evitar el tono de sorpresa en mi voz—. ¿Por qué no sabes nada de él? Y lo que es más importante, ¿por qué no me has dicho antes que no sabes nada de él?

—Mena, bombón, llevas dos meses apagada o fuera de cobertura.

—Hala, tampoco te pases, Silver. Lo que pasa es que no me quieres contar las cosas, que es distinto.

Pongo las manos cruzadas sobre la mesa.

—Venga, anda. No te hagas rogar y cuéntame —le pido a mi mejor amigo exagerando la sonrisa.

Estiro el cuello buscando al camarero para pedir otras dos cañas.

—Tampoco hay mucho que contar...

—Lo que quieras decirme; hoy no tengo que trabajar más, así que soy toda tuya.

Observo con atención a mi amigo, cómo se quita las gafas, se incorpora en la silla y apoya los dos antebrazos encima de la mesa. Ha

empezado a jugar con el vaso de cerveza, ya vacío, girándolo a un lado y a otro. Toma aire y lo expulsa lentamente antes de mirarme y soltar la bomba.

—Me he enamorado —dice con decisión, sin que le tiemble la voz y sin desviar su mirada.

—¡Pero eso es maravilloso! —exclamo.

—No, Mena. Eso es una putada.

—No entiendo...

—Yo estoy enamorado, él pasa de mí.

—Pero eso es imposible. ¿Cómo va a pasar de ti? ¿Tú te has visto? Con este cuerpazo —digo señalándole—, esta piel que con el sol parece la del vampiro de Crepúsculo... ¿Quién en su sano juicio pasaría de ti? Además, yo he sido testigo de cómo te mira, como si fuera a merendarte en cualquier momento.

—Exacto. Me merienda y luego se pira. —Se centra de nuevo en el vaso de cerveza antes de añadir—: y yo quiero que se quede. Pero eso no va a pasar.

Abro mucho los ojos, sorprendida ante su estado de ánimo. Su gesto es triste; me cuesta ver a mi amigo así. Le quiero, como si fuera un hermano o algo así, y me propongo firmemente ayudarle.

—Deduzco que habéis estado bailando muchas veces en horizontal y sin ropa.

—Deduces bien.

—¿Muchas veces? —insisto, por esto de que no es lo mismo un polvo rápido que incidir en el tema una y otra vez.

—Demasiadas.

—Ya.

Me callo. Sé que no voy a conseguir nada interrogándolo; mi amigo es de los que dan información por iniciativa propia y, como lo conozco, no leuerzo. Su cabeza tiene que estar a punto de explotar, así que relajo mi postura y espero.

—Me temo que no queremos lo mismo. Le saco diez años, sé en qué momento de su vida está por experiencia propia.

—¿Él te ha dicho algo? Quiero decir, ¿habéis hablado de esto? ¿Te ha confesado que no quiere nada serio?

—No exactamente, pero cada vez que sale de mi cama le pido que se quede conmigo a dormir, nunca ha querido. ¿Cómo voy a proponerle algo

serio?

—¡Pero eso no significa nada! Hay gente que lleva sus relaciones de una manera más independiente. No todos se van a vivir juntos a la primera de cambio como Rodrigo y yo. Quizá si se lo pidieras sin más...

—¿Tú crees?

—No es que crea o deje de creer, Silver, es que si no lo intentas no vas a salir de dudas nunca. El no ya lo tienes. ¿Y si te dice que sí?

El camarero hace acto de presencia con las dos cañas y una mini ración de bravas; mi estómago empieza a rugir.

—¿Tienes hambre? ¿Pedimos algo más? —pregunta para desviar el tema.

Asiento con una sonrisa y me quedo escuchando mientras habla con el camarero de las raciones que tienen en el bar. Estamos en una terraza en el Retiro y sé que nos van a cobrar de más, que cruzando la calle, en el bar de la esquina, tendríamos mejores raciones y a mejor precio, pero se está tan a gustitooooo.

Observo el móvil, que he dejado nada más sentarnos en la mesa, y miro si tengo mensajes nuevos.

Nada.

—Anda... Llámale —dice mi amigo mientras sonrío, aprovechando para cambiar de tema.

—¿A quién? —pregunto como si no supiera de quién habla.

—Todavía no habéis hablado hoy, llámale.

—Nop. Voy a dejar el móvil justo aquí y me voy a centrar en ti, luego le llamo con tranquilidad desde casa.

—Mena, no me voy a enfadar porque hables con él. Entiendo que ha sido un año muy intenso entre vosotros y de repente no tenerle al lado todos los días te tiene que costar. —«Pues claro que me cuesta, le echo muchísimo de menos, pero ahora se trata de mi amigo y de que no me había contado que se había enamorado». Por mí no te preocupes. Lo mío... Lo mío no va a pasar. No voy a tener nada con Bruno porque estamos en etapas distintas de la vida. Ya pasé por ello; sé lo que es ser joven, guapo y saber moverte así de bien en una discoteca. De repente se te muestra un abanico de posibilidades que ni se te pasa por la cabeza rechazar. Yo lo he superado, he hecho muchas cosas cuando era una cabra loca, y él... Él lo está descubriendo ahora, está en esa etapa de selección y descarte; tiene veintidós años. Él debe aprovechar su

momento, yo ya pasé el mío. ¡Es ley de vida! ¡Es la selección natural de las cosas!

—Joder, Silver, cuando te pones en plan filosófico no hay quien te aguante.

Se ríe y yo le acompaño. Ya intentaré descubrir algo más sobre el tema, seguro que puedo echar mano de los chicos, sobre todo de Edu, que sé que se llevan muy bien. Tomo también nota mental para ir a verlos al gimnasio mañana sin falta.

—Hola, chicos. —Carmen ha aparecido de la nada y se deja caer en la silla; la observo. Estrecho los ojos. Últimamente está muy liada, o eso es lo que me dice al menos; el trabajo la tiene total y absolutamente absorbida. Se le ve carilla de cansada... y de recién follada también—. Siento llegar tarde, es que... me han entretenido.

Pone cara de *zorrupia* antes de guiñar el ojo de manera descarada.

—¿Quién ha sido el pobrecito que ha caído en tus redes? —pregunta Silvestre quitando sus cachivaches de encima de la mesa para hacerle hueco—. Hemos pedido para comer, ¿quieres?

—¡Sí, por favor! Estoy canina. No como nada desde ayer. Qué *diaza* que hace hoy, ¿no? —comenta como el que no quiere la cosa mientras se coloca el pelo hacia atrás y deja que el sol bañe su rostro. Me hace gracia su gesto, el mismo que hemos adoptado antes Silver y yo. ¡Parecemos potos en plena fotosíntesis!

—¿Y por qué llevas tanto tiempo sin comer? ¿No te ha cundido el encuentro de esta noche? —pregunta Silvestre con cierto tono de picardía.

—No, nene. Me ha cundido demasiado. Por eso estoy tan hambrienta. Que lo de la vitamina del cantante ese es mentira, no alimenta lo suficiente.

—¿Pero has quedado con alguien? ¡No me entero de nada! —protesto antes de dar otro sorbo a la cerveza.

—Aquí tu amiga no da abasto con tantos ligues que le salen últimamente.

—¡Sí que doy abasto! —contesta ella haciéndose la ofendida.

—Si tú lo dices...

Miro a uno y otro alternativamente, hay algo que no me encaja... quizá el secretismo de Carmen respecto de sus ligues. No sé; hay algo extraño.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Mena, cariño, es que no estás como para que encima te esté

restregando polvazos día sí día también.

Que yo sé que la falta de mambo a largo plazo es perjudicial para la salud.

—¡La madre que te...!

—La comida —dice el camarero mientras se fija en mi amiga; se gira hacia ella y con una sonrisa resplandeciente le suelta—: ¿Quieres que te traiga algo?

—Pues mira, sí. Mataría por un bocadillo de calamares —contesta Carmen devolviendo la sonrisa y enseñando su implante de circonita que con este sol brilla el triple.

Yo creo que no lo hace aposta, quiero decir, ella no es realmente consciente de lo que despierta en el género masculino. Es un pibón, y todos, seamos de la condición sexual que seamos, nos giramos al verla pasar. Observo como el chico toma nota con media sonrisa y se da media vuelta.

—¿Será posible? —exclama Silver mientras se lanza en picado a por la primera croqueta de jamón.

—¡El qué! —exclama ella sin perder de vista el culo del camarero.

—¡La forma tan descarada que tienes de ligar!

Los tres nos echamos a reír mientras picoteamos y bebemos cerveza. Aprovecho para mandar un mensaje a Rodrigo y decirle que en cuanto llegue a casa me conecto a *Skype* y charlamos. Ahora quiero centrarme en mis amigos.

Paseo despacio desde el parque hasta mi casa. Es una buena caminata, pero me va a venir bien para poner en orden todos mis pensamientos y de paso bajar la comida grasienta que nos hemos metido entre pecho y espalda.

La verdad es que me siento un poco extraña. Me da la sensación de que no he sido plenamente consciente de todo lo que ha pasado en la vida de mis amigos hasta hace apenas un par de horas.

Lleno mis pulmones con el aire viciado de este Madrid contaminado y me prometo cambiar este punto de mi vida un poco. Sobre todo en lo que respecta a Carmen. Me preocupa la actitud despreocupada y un tanto obsesiva que está teniendo con el sexo. A ver, que yo soy la primera que la animo y le digo «ole tú y tu coño», pero últimamente me da la sensación de que se está pasando. No me pega que Carmen esté tan pendiente de los chicos, y lleva una época bastante larga que no para de presumir en mayor o menor medida de ligues... ¿Y de dónde narices saca tanto ligue?

No me cuadra.

Con la determinación corriendo por mis venas, saco un momento el móvil del bolsillo y le pongo un mensajillo a Carmen para quedar con ella mañana por la mañana, después le grabo uno a Rodri para hacerle saber que ya estoy llegando a casa. Saco mi bolsita de chuches y me meto dos cocacolas en la boca. Puñetero vicio...

Entro en casa y cierro los ojos dejándome llevar por su aroma. Como estoy fatal de lo mío el otro día me puse a rociar las paredes con su colonia. Se me fue la mano, *sep*, lo sé. He pringado las paredes del pasillo con *Allure* y me va a matar cuando se entere, pero han pasado muchos días sin estar con él y ya no razono.

Me quito el abrigo y la maxibufanda, y cojo de nuevo el móvil, esta vez para decirle que ya estoy en casa y que en cinco minutos me conecto a *Skype*. Un nudo de nervios se me instala en el estómago. Qué ganas de ver sus ojitos grises aunque sea a través de una maldita pantalla de catorce pulgadas.

Me meto directa en la cocina para encender la caldera y corro hacia el cuarto mientras me voy despojando de la ropa. Tengo unas ganas locas de verle, pero la pantalla, las llamadas, los mensajes... ya no son suficientes. Le necesito conmigo, porque le echo muchísimo de menos. Pasar las mañanas del sábado remoloneando en la cama, sus tallarines a la carbonara, o esa manía tan tonta que tiene de ponerme notitas en el espejo del baño cuando se va a trabajar y yo aún estoy durmiendo... Todo eso lo quiero de nuevo. Hay veces que solo me dibuja un corazón, otras veces solo me pone un «TQ», pero cuando está inspirado me regala estrofas de sus canciones y me deshace. Él no lo sabe, pero todas esas notas las voy pegando en un cuaderno que guardo en el fondo del cajón de mi mesilla. Que últimamente me ha dado muy fuerte con esto del *lettering* y cualquier cosa es excusa para crear algo chulo. Mayor razón si son sus letras.

Sí, lo sé. Voy pringando almíbar allá por donde paso, ¿qué pasa?

Hago un gurrño con la ropa y la tiro encima de la cama, que por cierto está sin hacer, y trato de localizar el pijama. No está a la vista, así que, para no perder tiempo, abro su parte del armario y me pongo su sudadera viejuna de la Universidad Complutense. Me queda muy grande; en realidad le queda grande hasta a él, pero nos encanta. Bueno, a mí me encanta llevarla y a él le encanta que la lleve puesta... para luego quitármela, claro.

Cojo el portátil, enchufo el cargador, no vayamos a quedarnos a media conversación, y me siento en el sofá con él sobre las piernas cruzadas. Mientras Windows se decide a arrancar, me coloco el pelo, que me ha crecido un montón, en un moño improvisado. ¿Qué tal estará? ¿Habrán grabado más tomas? ¿Habrán dado rienda suelta a su saber hacer? ¿Y si le dicen que forme parte del elenco? ¿Y si tiene que estar allí más tiempo?

—¡Bueno, basta ya! —me grito en la soledad de mi casa justo antes de que me salte la llamada de mi chico.

«Mi chico... como que eso suena de puta madre, ¿no?».

—¡Hola Jimmy! —me saluda en cuanto descuelgo. No me ha dado tiempo ni a colocarme los cascos, me da igual, sonrío y me muerdo el labio. Qué *guapazo* que es, qué meneo que tiene.

—¡Hola *nomellamesrodri!* —digo la chorrada esperando que no se dé cuenta de que tengo los ojitos brillando como luceros y a punto de derramar todas las lágrimas acumuladas.

—Pero qué bobita eres... —niega dejándome por imposible—. Anda, cuéntame. ¿Qué tal va todo? ¿Cómo estás? ¿Has ido a ese trabajo nuevo esta mañana? —Le sonrío con tristeza, cómo echo de menos ponerme en su regazo, recibir sus caricias mientras le comento cómo me ha ido el día. Pero me sacudo esa sensación melancólica de encima porque sé que me ha preguntado todo eso para distraerme. Tomo aire con pesar y le respondo.

—Ese trabajo es una mierda —resumo acordándome de que me han hecho madrugar en domingo para media hora.

—¿Pero no era para una película? —pregunta extrañado.

—¡Qué va! Al final ha habido un error, era para un corto y encima sin apenas presupuesto... ¿Te suena? —Arrugo la nariz haciendo una mueca de burla. Qué mal me lo hizo pasar el mamón.

—¿Hay algún bailarín potente al que maquillar? Porque entonces te ordeno que busques otra cosa inmediatamente. —Intenta poner cara de macho alfa, pero no le sale.

—¿Tú? ¿Ordenarme a mí? —Levanto la ceja al más puro estilo Morticia y él sonrío. Me deshace, el muy cabrón—. ¿Tú has visto Torrente?

—Sí claro, hace muchos años.

—Pues al lado de este ser con el que me ha tocado tratar tiene su aquél y todo —respondo imitando el movimiento de un escalofrío. La verdad es que ha sido una experiencia breve, única e irrepetible, más que nada porque

no pienso volver aunque me llamen y me lo pidan por favor, de rodillas..., ni siquiera aunque me paguen más.

—¡No me jodas! —exclama.

—Más quisiera yo, Rodri... más quisiera. —Suelta una risotada y le imito; unas cosquillitas me suben por el estómago. Me hace falta, encontrarle en casa, leyendo en la cama o abrazado a la guitarra intentando componer, abrazarle, bailar con él, el sexo...—. Pero cuéntame cosas de allí, dime qué tal el musical, ¿mejor con aquél productor gilipollas?

—No, el productor sigue siendo gilipollas, pero hago como que no le entiendo y me dedico a hacer mi trabajo, el cual espero terminar en breve.

—¿¡Cómo de breve!?! —Brinco en el sofá—. ¡No me mientas! ¿¡Una semana, tres días, mañana!?! Rodriiiii, que me encuentre *hipersupermega* necesitada. Que esto no puede ser, ¡que me *refroto* todas las noches contra tu almohada y no es suficiente! —Le hago un puchero por la pantalla y él estira los dedos como queriendo tocarme. Le imito.

—Espero estar en ese sofá follándote sin descanso en seis días, cuatro horas y veinticinco minutos aproximadamente.

—¿Es de verdad? —pregunto, esta vez sí, sin poder contener la lagrimilla traicionera. ¡Seré blandengue!

—De verdad. —Se separa un poco de la mesa donde tiene apoyado el ordenador y regresa con lo que parece un billete de avión. Me lo enseña y yo pego un bote en el sofá de alegría.

—¡Tenemos fecha de vuelta!

—La tenemos, Jimmy. Ya solo queda grabar en un par de localizaciones y me piro de aquí.

Me muerdo el labio de anticipación.

—Te tengo tantas ganas —empieza a decirme. Se acerca a la pantalla.

Yo hago lo mismo, hasta que los pixeles no me dejan distinguir su figura, entonces le susurro:

—¿Por qué no probamos a hacerlo de nuevo? —pregunto sonriendo.

Hemos intentado varias veces lo del cibersexo, pero la primera vez nos entró la risa, la segunda nos interrumpió el teléfono, la tercera le di una patada al ordenador que lo dejé lelo y la cuarta empezó a estornudar como un poseso y no hubo forma.

—Miedo me da, porque estamos gafados, Mena.

—Desconecta todo; yo lo hago también —ofrezco con renovado

entusiasmo.

Coloco el portátil en la mesita que tengo justo enfrente y me quito la sudadera. Llevo solo unas bragas de Snoopy que desaparecen también de la vista, y no porque no quiero que me las vea, ya conoce mis gustos con la ropa interior y me ha dejado por imposible. Yo soy de *bragolas* de algodón, suavécitas y con dibujos molones, la de la lencería fina es Carmen. Ajusto bien la pantalla y me encuentro con sus oblicuos en primer plano. Otra lagrimilla de pura necesidad amenaza con salir a pasear. Qué ganas de morder justo ahí...

—¡Hostias, Jimmy! —exclama al sentarse de nuevo y encontrarse con mis dos oblicuas mirándole fijamente.

—Lo que daría por tenerte aquí y tocarte...

—Y yo...

Veo cómo se recuesta en la silla y mete la mano por la cinturilla del pantalón para sacar su erección. Por un momento me quedo bizca, semejante instrumento a chorrocientos kilómetros de distancia. No es justo, joder. ¡No es nada justo!

Empieza a masturbarse mientras no me quita ojo. Abro bien las piernas y las coloco a ambos lados del portátil, apoyadas en la mesa, para que tenga un estupendo primer plano.

—Baja un poco la cámara, quiero verte mejor —susurra haciendo que se me erice hasta el pelo que no tengo.

Obedezco, por eso de que no siempre voy a mandar yo, y me quedo idiotizada en su mano que cada vez se mueve un poco más rápido. Le imito; mis dedos resbalan por la humedad que no he parado de generar desde que le he visto aparecer en pantalla. No creo que esto nos lleve mucho tiempo, entre gemidos y mordidas de labio nos vamos poniendo tan a tono, y casi al mismo tiempo, que siento que vamos a explotar de un momento a otro. No tardo en jadear con fuerza presa del frenesí previo al orgasmo.

Un ruido de un vaso rompiéndose en la cocina me hace parar en seco y casi incorporarme.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta con cara de pánico mientras se acerca a la pantalla.

—Rodri... —susurro muerta de miedo mirando hacia la puerta de la cocina.

—Jimena, ¿¡que ha sido eso!?

Vuelvo a oír un ruido en la cocina y ahogo un gemido de pánico mientras busco como loca las bragas y la sudadera para ponerme de nuevo.

Escucho ruido de bolsas de plástico y miro a la pantalla.

—¡Rodri, hay alguien en la cocina! —exclamo intentando no levantar mucho la voz. «¿¡Qué hago, qué hago, qué hagooooo!?».

—Llama inmediatamente a la policía —me pide mientras él también se viste.

—¿Y si es el aire? A lo mejor se me ha olvidado cerrar la ventana y hay corriente, o puede que...

Vuelvo a escuchar otro vaso rompiéndose y grito justo antes de taparme la boca con las manos.

Dejo el ordenador a un lado y me dispongo a levantarme para coger el palo de la escoba que he dejado esta mañana en el salón con el montón de pelusas sin recoger.

—¿¡Se puede saber a dónde vas!?! —me grita Rodri fuera de sí. Vuelvo hacia la pantalla para que me vea y le contesto:

—Necesito ver qué es antes de ponerme como una histérica a llamar a la poli —increpo a la pantalla con los nervios de punta.

—¡Pero no me dejes aquí! ¡Llévame contigo, y si es un ladrón tírale el portátil a la cabeza y sal corriendo!

—Pero puedo coger el palo de la escoba y darle en...

—Jimena, por favor, me estoy muriendo de la ansiedad, estoy a miles de kilómetros de distancia, ¡hazme caso a la primera por una vez en tu vida, coño!

Le miro con la boca abierta. Está tan enfadado y preocupado y *monérrimo* que se me espachurra el corazón, pero se me pasa la tontería al escuchar como un gemido.

¡Hostia puta! No pienso leer más historias de miedo por más que Carmen me recomiende esos libros que le molan a ella. Le hago caso, me olvido de la escoba y cojo el portátil antes de avanzar despacio por el pasillo; según me acerco me parece escuchar agua. Como si alguien chapoteara en la pila de platos en remojo que me dejé anoche sin fregar.

Me planto justo en la puerta. Si hay alguien al otro lado verá solo mi sombra porque los cristales que la adornan son opacos. Noto una corriente de aire helado por la rendija de la puerta que me pone la carne de gallina. Efectivamente, me he dejado la ventana abierta antes, puede que la haya

cerrado mal, o que alguien la haya abierto por la fuerza desde el patio.

Trago en seco.

—Jimmy, ten cuidado —me susurra Rodri. Quien sea que esté dentro de la cocina lo ha debido de escuchar porque enseguida lanza un gemido lastimero.

Me armo de valor y bajo el picaporte despacio, después me agarro al portátil como si fuera una tabla salvavidas y entro como un huracán tras dar una patada para abrirla del todo.

—¡¡Aaaaahhhh!! —grito con la adrenalina corriendo por mis venas. Pero me callo enseguida. Mi cocina es pequeña, y aquí no hay nadie. Entonces, ¿quién...?

—Miauuuu.

—¿Miau? —pregunta Rodri. Miro alrededor.

Efectivamente la ventana de la cocina está abierta de par en par, pero no parece que haya nadie allí. Oigo de nuevo el chapoteo y miro en esa dirección. Un cachorrito de gato se asoma por la pila y me mira con unos ojazos color miel como si fuera el puñetero gato de Shreck.

Está empapado y al verme empieza a maullar un poquito más fuerte.

—Ooooh, Rodri... —digo mientras dejo el portátil en la encimera de la cocina y me lanzo a socorrer al pobre animal.

—Qué haces, ¡no lo toques! ¿Y si te contagia algo? —me grita mi novio desde el otro lado de la pantalla.

—No digas chorradas, ¿qué me va a contagiar esta bolita? —Miro al bichito que tiembla entre mis manos; cojo uno de los trapos de la cocina y le envuelvo con cuidado—. Es un cachorrito, tendrá semanas... no creo que mucho más de un mes. Está muerto de miedo, Rodri...

Me asomo a la ventana e inspecciono el patio. No parece que haya nada raro a simple vista. No tiene collar y palpo por si tuviera un chip debajo de la piel. Pero es muy pequeño, ni siquiera sé si tan pequeños lo pueden llevar. Nada lo identifica, solo que tiene unos ojazos que te traspasan y, aunque casi parece un gatito negro por lo sucio que está, se adivina que tiene el pelo claro.

Sonrío al recordar el último libro que Carmen insistió que me leyera. El protagonista entendía a los gatos y podía hablar con ellos. Ojalá yo pudiera hablarle para que me dijera cómo narices ha entrado a mi cocina.

—¿De dónde sales, eh? —le pregunto como si fuera a responderme en

cualquier momento. Pero solo escucho otro miao, muy bajito. Me giro hacia Rodri—. Bueno, pues parece que nadie me ha descuartizado...

—No bromees, Jimmy, casi me da un puto infarto —dice llevándose la mano al pecho mientras se acomoda en la silla—. Odio estar tan lejos.

—Y yo odio que lo estés.

—¿Y qué vas a hacer? —me pregunta señalando a la bolita de pelo.

—Pues llamaré a todos los telefonillos de los vecinos a ver si alguien ha perdido un cachorro de gato.

—Ok, luego me cuentas, ¿vale? —Me sonrío con tristeza.

—Vale.

Le lanzo besos y promesas de que hablamos pronto mientras acerco el cursor del ratón al botón de colgar.

—¡Espera! —exclama levantando la mano a la pantalla como queriendo frenarme.

—Dime.

—Prométeme que no vamos a volver a intentar esto del cibersexo. Mejor en casa y tranquilos. Estoy un poco harto de acabar así. —Yo le miro y exagero una mueca de sorpresa por el comentario.

—¿Con dolor de pelotas?

—¡Jimena!

Nos reímos y le vuelvo a lanzar un beso enorme antes de colgar.

Miro al gato, al que he cogido como si fuera un bebé, y me doy cuenta de que ha dejado de temblar. Me voy al cuarto a ponerme unos pantalones.

—Bueno, pues vamos a ver si encontramos a tu dueño.

II

Llevo esperando a Carmen desde hace una hora en la puerta del veterinario del barrio.

Ayer por la tarde estuve buscando a los dueños del gatito hasta bien entrada la noche. He dejado un cartel en el portal, he hablado con el presidente de la comunidad de vecinos para que avise a los de los edificios con los que tenemos el patio en común. Nada. El gatito de momento no tiene dueño.

Miro la hora para descubrir que son las diez de la mañana. Carmen llega más de media hora tarde, cosa que me extraña porque siempre ha sido muy puntual. No puedo evitar preocuparme un poco. Ayer, cuando la llamé para explicarle lo que me había pasado, la note un poco distante... ni siquiera se rio por el *coitus interruptus* virtual, y mira que hasta yo me descojono cada vez que lo pienso. Observo al gatito que dormita entre mis brazos de nuevo.

—Sí, tú. No te hagas el despistado ahora; cortarrollos.

Ronronea mientras se acomoda en mi regazo y me hace sonreír.

Ayer, cuando conseguí que Carmen me cogiera el teléfono y pude contarle toda la historia, le pedí que me ayudara con el pobre animalito. Ella y su hermana han tenido gatos toda su vida, sabe cómo hay que cuidarlos y todo lo que necesitan; con lo que no conté es con que Carmen me diera plantón.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —Le oigo gritar antes de verla cruzar la calle como una loca.

—¡Ten cuidado! —exclamo asustada al ver que un coche está a punto de llevársela por delante.

Escucho el pitido alejándose justo cuando ella se lanza a mis brazos. Me aprieta. Carmen no es de las que demuestre su afecto en público a no ser que esté muy, pero que muy borracha, muy, pero que muy salida o muy, pero que muy deprimida.

—¿¡Estás loca!?! ¡Casi te matas!

—Lo siento —susurra—. No me fijé en la hora.

Vale. Todas mis alarmas acaban de saltar, Carmen nunca llega tarde y menos aún porque «no se fije en la hora». Tengo que hablar con ella cuanto antes.

—No pasa nada, pero me podías haber mandado un mensaje —mascullo en el hueco de su cuello.

Escuchamos un maullido fuerte entre nosotras.

—¡Ay, pobre! Que casi lo aplastamos. —Se separa y me quita al gatito de mis brazos—. ¿Y esta cosita tan bonita? ¿De dónde sales tú, precioso?

—Miaaaau.

—¿Es chico? —pregunto curiosa.— ¡Pues claro que es chico! ¿Estás tonta? —reprocha enseñándome los bajos del animal.

—¡Y yo que sé! ¡Es muy pequeño todo!

—Anda que... ¿Has entrado ya? —pregunta empezando a caminar hacia la puerta de la clínica.

—¿Cómo voy a entrar si estoy fuera esperándote? ¿Luego soy yo la tonta?

—*Subnormala*. —Me saca la lengua, la imito.

Entramos en casa con un montón de bolsas y cachibaches típicos para gatos. Carmen ha estado durante las dos horas que hemos pasado en la consulta del veterinario y en la tienda de animales evadiendo mis preguntas directas, que han sido: «¿A qué coño hueles?», «¿Qué mierdas te pasa últimamente?» y «¿Se puede saber con quién cojones te hablas por el *Whatsapp* ahora?». A todas estas preguntas, y a otras parecidas, me ha ignorado vilmente haciendo caso al único ser que le ha llamado la atención después de darnos el sentido abrazo: El gato.

—He quedado con Silvestre en que me pasaría en un rato para verle ensayar. ¿Te vienes? —pregunto mientras coloco los cuencos en la cocina, aunque creo que es mejor dejarlo todo en mi cuarto.

—¿Quién va a estar? —me responde con un tono extraño.

—Pues no tengo ni idea... ¿Por?

—Por nada.

Me quedo plantada en el centro del salón con los trastos en las manos mientras la observo jugar con el gatito. Está distante conmigo, y no entiendo el porqué. Nosotras no somos así, siempre nos hemos contado todo. Nos hemos

confiado todo, hemos sido brutalmente sinceras. Siempre. Y ahora... Ahora me está poniendo de los putos nervios con tanto secretismo.

—Oye, Carmen. Que soy yo, tía. Que te conozco del derecho y del revés; sé que hay algo que no me quieres contar. —Sigue callada, haciendo cucamonas al gato—. Pero respeto tu silencio... al fin y al cabo somos amigas, y si hay algo que no me quieres contar... pues lo tengo que asumir. Supongo que tendrás tus razones para no abrirte a mí.

Lo sé, acabo de jugar la baza de la lástima, algo rastrero para toda amiga que se precie, pero... ¡No me ha dejado opción!

Bajo la cabeza y me meto en el dormitorio dispuesta a colocar las cosas del animalito para que lo tenga todo a mano. Miro la cómoda, la mesilla, la cama... no sé yo si esto será muy seguro.

Detrás de mí, Carmen chasca la lengua.

—No es que no confie en ti, es que de verdad no tengo nada que contarte... ¡estoy como siempre! Y sí, te acompaño a la sala de ensayo. Hace meses que no me acerco y me apetece ver a los chicos.

—Genial. Yo tampoco los he visto desde hace varios días. Oye, ¿y estás segura de que le puedo dejar encerrado en esta habitación y no le va a pasar nada?

—Segura. Estoy convencida de que se pasará la mayor parte del rato durmiendo, ya lo verás.

—Me da cosilla —digo mientras me acerco a coger al gatito en brazos—. Es tan pequeñín...

—Pues este pequeñín, el cual necesita nombre, por cierto, ha sido capaz de trepar por el patio hasta tu ventana y colarse en tu cocina. Ha sobrevivido como un valiente y será capaz de estar solo en tu cuarto durante unas horas. ¿Has pensado ya en cómo llamarlo? —me pregunta ayudándome a extender la camita que hemos comprado.

—No quiero ponerle nombre todavía... ¿Y si esta misma tarde aparece el dueño y se lo lleva?

—Pero de alguna forma tendrás que dirigirte al animalillo —dice mientras se acerca y le acaricia detrás de la oreja.

—Pues le llamo gato y ya está.

—¿Y si no aparece nadie?

—Pues entonces le pondré nombre y rezaré porque a Rodri no le dé alergia su pelo —contesto exagerando una sonrisa. Carmen se ríe. Es la

primera risa sincera que le escucho en mucho tiempo.

La sala de ensayo de los chicos está a unos veinte minutos andando desde mi casa y, puesto que anuncian que el tiempo va a empeorar de nuevo, hemos decidido ir dando un paseo, disfrutando de la mañana, del solecito y de nuestra mutua compañía. Pienso aprovechar el momento para intentar descubrir qué le pasa por la cabeza a mi amiga, esa que está tan enigmática últimamente y que no me cuenta nada de sus cosas. Pero antes tengo que conseguir que deje de mirar el móvil...

Coloco la mano delante de la pantalla para hacerla rabiarse.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué haces? —increpa quitando el teléfono de en medio y mirándome extrañada.

—Tía, que no has parado de mirar la pantallita de las narices y estoy aquí, joder. ¡Si lo sé vengo sola! —añado intentando hacerle ver su comportamiento.

—Estoy quedando, dame un minuto —explica. Se pone de nuevo a teclear—. Ya estoy terminando... Un segundo... Ya.

Guarda el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y me coge del brazo para seguir la caminata.

—Cuéntame, ¿qué tal Rodrigo?

—No, cuéntame tú. —Me paro y hago que se gire. Le estoy taladrando con la mirada, una mirada que yo considero letal, pero que ella siempre se ha pasado por el forro.

—Qué pesadita estás con el tema, Mena. —Intenta ponerse de nuevo en marcha, pero la paro de nuevo.

—Carmen, te estoy hablando en serio.

Espero unos segundos, los suficientes como para que se dé cuenta de que no estoy de farol y que no me pienso mover hasta que me conteste.

—No me pasa nada, ¿vale?

—No paras de quedar con gente que no conozco. —«Hostias... eso ha sonado a madre echando la bronca, ¿no?»—. Que puedes hacer lo que te dé la gana pero, ¿y si compartes de vez en cuando tus cosas? Tampoco pasa nada, vamos digo yo.

—Solo estoy conociendo gente nueva, disfrutando del momento..., ya sabes, aprovechar cada minuto de mi vida.

—Y me parece estupendo, pero... No sé, Carmen, estás más pendiente

de los chicos y del móvil que nunca. ¿Con cuántos te has acostado últimamente? —Ella se calla, cruza los brazos y aprieta la mandíbula, pero no desvía la mirada—. Exacto, ni siquiera lo sabes.

—¡Pues claro que lo sé! —me interrumpe—. Lo que pasa es que no quiero decírtelo, porque estás a dos velas desde hace ni se sabe.

—¡Venga ya, Carmen! Como si eso hubiera sido excusa en ocasiones anteriores, como si no me hubieras restregado cada polvo en mi época de sequía. Da la sensación de que te avergonzaras, joder, ¡y eso es peor!

—¿¡Cómo me voy a avergonzar por follar!?

—Pues sé valiente y dime con cuántos.

—¿Y a ti qué más te da? Los que sean. —Estrecho la mirada e intento recordar si en los dos últimos meses la he visto acompañada; no ha sido así.

—Mira, Carmen, si te viera feliz saliendo con unos y con otros, presumiendo de ligues, incluso trayendo a alguno con nosotros, me parecería estupendo. Aunque no comparta ese extraño pensamiento que tienes ahora de «disfrutar del momento». De todos modos lo respeto. Siempre te he apoyado hasta el infinito y más allá, lo sabes. Ese secretismo tuyo escudándote en que estoy a dos velas es lo que no entiendo. ¡Porque siempre te ha dado igual! Te envidiaría por estar cepillándote a medio Madrid, haría coñas contigo, me cagaría en todo... ¡Como siempre! Pero de repente me encuentro con una Carmen que no conozco, despistada, poco habladora y comunicativa. Estás a medias, nena. Esta no eres tú.

—Tía, para ya. —Me corta de mala leche, he conseguido cabrearla—. No me pasa nada, estoy bien. Vivo muy feliz así, disfrutando de mi soltería, alargándola hasta el máximo, permitiéndome conocer gente. No quiero estar como tú. —Señala con ambos brazos y frunzo el ceño, esperando que no diga lo que creo que va a decir—. Pendiente de otra persona, de lo que piensa o quiere un tío. No quiero vivir en una jaula. No quiero depender de nadie. No todavía. ¡Primero quiero disfrutar!

—¡Pero qué dependiente ni qué porras en vinagre! —respondo cabreada—. No dependo de nadie, comparto mi vida con alguien, que es distinto.

—Mena, desde que estás con Rodrigo ni siquiera te fijas en el resto de la humanidad. Es como si todos los tíos buenos del planeta hubieran dejado de existir para ti. —Levanta los hombros como dejándome por imposible.

—¡Eso es mentira! —digo indignadísima, si yo veo a un tío bueno

babeo igual, que una estará ennoviada, pero no ciega.

—¿Qué me dices de aquél chico que vimos corriendo por el Retiro, el que iba sin camiseta, con el perro atado a la cintura?

—Pero si le dije una burrada cuando pasó a nuestro lado.

—¿Burrada? No te salió una burrada, Mena, le dijiste algo así como quién fuera perro para correr con él. ¡Eso no es una burrada!

—¡Para correrse Carmen, dije para correrse!

—No dijiste eso.

La miro frunciendo el ceño, empieza a soplar el aire y siento más frío. Me encojo en mi abrigo.

—No te entiendo, Carmen. En serio...

—Da igual, Mena, no insistas. No me pasa nada. No te he dicho antes con cuántos me he acostado este mes porque para mí carece de importancia. ¿Que son muchos? Puede; algunos han estado de fábula y otros ha sido mejor olvidarlos. No me arrepiento de lo que estoy haciendo.

—Entonces, ¿por qué lo escondes? ¿Desde cuándo no compartes conmigo tus rollos o tus citas? —increpo.

—Desde que vives con mi amigo del alma, que resulta ser el amor de tu vida, y vomitas corazones.

—Joder, Carmen... —digo con pesar, no me gusta discutir con ella. Suaviza un poco el gesto, se lo agradezco.

—Mira, no te estoy echando nada en cara, pero eso, lo que tienes tú con Rodri, no lo quiero. Prefiero volar libre en el cielo, cepillarme a quien yo quiera y no tener que echar cuentas a nadie.

La observo extrañada.

—¿Cómo sabes que no lo quieres? ¿Acaso has conocido a alguien como para no querer tener lo mismo que tenemos Rodri y yo?

—No, para nada —contesta demasiado rápido.

—¿Entonces?

—Entonces nada, Jimena, estoy bien. Estoy conociendo a gente, sin atarme a nadie. Quedo con ellos, me acuesto con ellos y me las piro. Deja de comerte la cabeza con este tema. —Tomo aire y lo expulso en un sonoro suspiro de derrota.

—De acuerdo. Ya no te molesto más... usted perdone.

Aunque no estoy nada convencida de ese «estoy bien», claudico.

Señalo el camino, para indicar que emprendemos de nuevo la marcha,

y las dos, enganchadas del brazo y con media cara parapetada tras nuestras bufandas, caminamos sumidas en nuestros pensamientos y en completo silencio.

Cuando llegamos a la calle donde se encuentra el local y vislumbramos la fachada de lejos noto cómo se tensa. No entiendo por qué, la verdad, siempre se ha mostrado encantada de la vida por ver a los chicos ensayar. Y yo. Y su hermana... ¿Cuándo ha sido problema ver a los chicos en plena acción?

Por un momento dudo en si parar otra vez y hacerle otro interrogatorio, pero me da la sensación de que me voy a chocar contra un muro de hormigón, que no me va a decir nada y que es probable que tenga un efecto rebote, que cuanto más la fuerce a contarme, menos me informe de nada. No sé por qué, pero me da la sensación de que está atravesando una especie de etapa vital, esa a la que el mismo Silvestre hizo referencia ayer por la mañana.

Dispuesta a hacer lo que cualquier buena amiga haría, la sujeto mejor del brazo y nos encaminamos hacia la entrada. Escucho como toma aire con fuerza y aprieta el paso.

Abro la puerta del local y el característico olor de los chicos ensayando asalta mi pituitaria. Hace bastante que no vengo, y eso que le prometí a Rodrigo que les tendría vigilados, pero, la verdad, se me va la cabeza con mil historias, dejo pasar los días y ni me doy cuenta.

Una vez dentro, observo la cautela de Carmen. Está mirando alrededor como buscando a alguien mientras se quita el abrigo. Yo hago lo mismo y cuelgo ambos en el perchero que hay detrás de la puerta de entrada. Sonrío a mi amiga. Voy a decirle que solo vamos a estar un rato pequeño, que quiero llegar pronto a casa y ver cómo está el gatito, pero antes de decir nada escucho cómo se abre con fuerza la puerta de los vestuarios.

—¡Mena! ¡Dichosos los ojos!

—¿Los tuyos por verme o los míos por verte a ti? —pregunto con una sonrisa de oreja a oreja antes de colgarme del cuello de Gael. ¡A este chico el matrimonio le sienta divinamente!

—¡Eh, tú! ¡No acapares! —dice Edu que aparece por detrás con una sonrisa Profident que me deslumbra. Me suelta de los brazos de su chico y me coge en volandas haciéndome girar. Río. Si es que les tengo que adorar—. La próxima vez no te hagas tanto de rogar, que me consta que si no llega a ser por Silvestre no te vemos hasta que Rodrigo vuelva.

—De eso nada, que ha surgido de mí la idea de venir. —Gael y Edu me miran los dos y levantan una ceja cada uno, qué monos son—. Bueno vale, me lo recordó Silvestre el otro día, pero yo he sido la que he decidido venir, ¿no? Además, he traído a Carmen conmigo. Eso convalida los días de ausencia...

Miro alrededor intentando localizarla porque no ha hecho ni intención de saludarles. La veo en la puerta sonriendo y con el móvil en la mano de nuevo. Estoy tentada de quitárselo de las manos y estrellarlo contra la pared justo cuando aparece Juan.

—Hola, Carmen. —Ha saludado en un tono de voz tan bajo que me parece que Carmen no le ha escuchado.

—¡Carmen! —grito para que me escuche. Levanta la cabeza y observa al pobre chico. Y digo pobre porque lleva detrás de echar otro polvo con ella desde aquella primera y última vez.

—¡Juan! Perdóname, no te había escuchado —saluda antes de darle dos besos y lanzar una sonrisa... *rompecalzoncillos*. ¿Existirá esa palabra?

—Hace muchísimo que no te vemos —añade Juan.

—Ya... es que ando muy liada. —Carmen me mira por encima del hombro; sé que me está pidiendo ayuda. No puede estar con este chico más de dos minutos. Y yo lo sé.

—¡Bueno!, ¿os vamos a ver en acción o qué? ¿Dónde está el resto?

—Nosotros acabamos de terminar el ensayo y los demás están calentando para la siguiente *coreo*.

—¿Tobías? —pregunta Carmen en un tono quizá demasiado alto. Las piezas de mi rompecabezas mental empiezan a encajar.

—No. Tobías está preparándose con Sole. Van a presentarse a un concurso aparte. —Cierto. Rodrigo me lo comentó hace meses, que ellos iban a presentarse como pareja en otro *talent show* de estos que se han puesto ahora de moda.

—¿Con Sole? —Carmen me mira, yo asiento. Mantenemos la típica conversación de amigas en la que ponemos a pingar a la tercera en cuestión tan solo con el poder de la mente.

—¿Y Silver? —pregunto. Me apetece mucho verle y abrazarle, sobre todo después de lo que me contó ayer y su extraño rollo con Bruno.

—Está dentro con lo demás, preparándose.

—¡Perfecto! —exclamo mientras doy una palmada y tiro del brazo de

Carmen para entrar en la sala—. Ven, vamos a verles.

—Espera, Mena, no sé si...

Pero no le dejo terminar, la agarro bien de la mano y nos dirijo a la entrada de la sala. Las risas de los chicos nos dan la bienvenida antes incluso de abrir la puerta. Abro y meto a Carmen casi a rastras. El cambio de actitud de mi amiga ha sido un poco radical; agacha la cabeza y me suelta para sentarse en los bancos que hay pegados en la pared intentando pasar desapercibida. La sigo y me siento a su lado.

La música suena demasiado alta y eso nos hace mirarlos. Los conozco a todos, y les sonrío y saludo según se van dando cuenta de que hemos entrado. Están haciendo movimientos imposibles, estiramientos hasta el infinito, giros interminables. Qué bien lo hacen... me doy la vuelta para mirar a Carmen, su cara de salida no tiene precio, supongo que fiel reflejo de la mía. Sonrío recordando otros tiempos en los que las dos decíamos burrada tras burrada hasta que se nos saltaban las lágrimas de la risa. Me doy cuenta de que echo de menos esos momentos, pasar más rato con ella.

Para la música y despierto de mis recuerdos. Se abre la otra puerta de los vestuarios que da a la sala y entra Silvestre con Tobías y Sole. Me levanto para saludarlo, pero me hace un gesto para que espere. Todos han parado y se han colocado en los bancos dejando el espacio libre. Tobías se coloca en el centro; no se ha dado cuenta de que estamos sentadas a escasos dos metros. Solo lleva unos pantalones de deporte de color gris, y el torso al descubierto, su piel, en ese tono que envidio, está perlada en sudor. Miro de reojo a mi amiga, su bigotillo también está perlado en sudor. Ay madre... que creo que ya sé lo que pasa.

—Carmen —llamo su atención.

Quiero decirle que se limpie el bigotillo y de paso la baba, quiero que me mire y reírnos porque se nos van los ojos detrás de todos ellos. Pero ella no contesta, solo observa la escena: Tobías está agachado, estirando, abrazándose las rodillas con las piernas estiradas. Se levanta y observa a Sole que se acerca sonriente. Él le devuelve el gesto. Me parece escuchar un bufido de Carmen.

Me gustaría preguntarle, hablar con ella sobre lo que está pasando, pero todos están en silencio absoluto, supongo que dejándoles concentrarse antes del baile. Además la cara de mi Silver me lo dice, está completamente serio seleccionando la música.

Comienzan a sonar los acordes y se me ponen los pelillos como escarpas; conozco la canción y es... preciosa.

Sole empieza a realizar los primeros pasos de baile alrededor de Tobías que permanece quieto con la cabeza agachada. Se me entrecorta la respiración. Admiro lo que un bailarín logra transmitir con sus movimientos, aunque sea rubia, esté operada y se llame Sole. Escucho cómo Carmen suspira al mismo tiempo que oímos la primera estrofa de la canción: «*Say something...*». La tristeza y la cadencia de la melodía hacen que un nudo se me forme en la garganta, y los movimientos... «¡Qué hija de puta! ¡Qué bien baila la mierda la Sole!».

Tobías se da cuenta de que estamos aquí y una sombra de sorpresa cruza su cara. Pero apenas me da tiempo a analizarla porque Carmen se acaba de levantar como si de repente le quemara el asiento en el culo y el ruido nos delata ante el resto. Silver nos mira con el ceño fruncido, odia que interrumpan sus clases, y parece que a Sole tampoco le ha hecho gracia la interrupción debido a la cara de malas pulgas que se le ha puesto, eso sí, sin perder ni un paso, la muy asquerosa. Tobías tampoco para de bailar, tampoco pierde un paso, pero él es más majo que Sole y no merece mis insultos, sin embargo la cara que tiene de mala leche me hace sospechar. O mi amiga se ha guardado información de vital importancia sobre su persona o me he vuelto gilipollas y veo fantasmas donde no los hay.

—Me voy —susurra Carmen.

—¿Cómo que te vas?

Pero no me contesta, sale por la puerta sin más. Miro a Tobías, su cara ha cambiado del cabreo a la pena en cuestión de segundos, pero se centra de nuevo en su compañera y siguen marcando los pasos. Me levanto, Silver me hace un gesto con la cabeza al mismo tiempo que encoge los hombros como diciendo: «¿Qué coño ha pasado?». Yo niego, encogiendo también los míos como respondiendo: «Ni puta idea».

Salgo al hall donde encuentro a Carmen poniéndose el abrigo y despidiéndose de Juan, Edu y Gael que siguen descansando con sus bebidas isotónicas en las manos.

—Carmen.

—Tengo que irme, me ha surgido un imprevisto. Luego te llamo.

Me da un beso en la mejilla mientras se coloca el abrigo y sale

corriendo. Me quedo como un pasmarote, rodeada de los chicos que quieren saber qué ha pasado ahí dentro para que Carmen se vaya sin más, pero yo lo que necesito saber es en qué momento de mi vida la relación con mi mejor amiga se ha ido a la mierda.

Puedo hacer dos cosas: dejarlo todo como está y hacerle caso a ese «luego te llamo» o ir tras ella y solucionar este asunto cuanto antes.

—Chicos, perdonadme, yo también me voy. Por favor, ¿podéis despediros de los demás por mí? Mañana vuelvo, lo prometo —voy diciendo mientras reparto besos a diestro y siniestro y cojo yo también mi bolso y mi abrigo.

—Claro, Mena. No te preocupes. Vamos a estar casi de encierro hasta las audiciones.

Les lanzo una sonrisa y un beso al aire antes de abrir la puerta y salir a la calle. Ha empezado a llover. Mierda..., supuestamente cambiaba el tiempo a última hora de la tarde. Miro a la derecha, por el camino por el que hemos venido antes, y la veo correr tapándose la cabeza con el abrigo que llevaba puesto.

—¡Carmen! —grito adentrándome bajo la cortina de lluvia para seguirla. No frena—. ¡Carmen!

Nada. O no me escucha, o me está ignorando aposta. Aprieto el paso importándome muy poco mojarme. Siempre me ha gustado caminar bajo la lluvia, sentirla en mi piel, eso me da ventaja, porque veo que a ella le cuesta ir rápido con la que está cayendo.

—¡Carmen! —vuelvo a gritar cuando estoy a su altura. Le agarro el codo y consigo que se pare.

—¡Déjame!

Se da la vuelta al mismo tiempo que se suelta de mi agarre y me enseña una cara a la que no estoy acostumbrada.

Está colorada como un tomate y como llorosa.

¿Por qué tiene los ojillos así? Se me acaba de estrujar el corazón.

—Carmen, ¿qué...? —digo mientras veo cómo la lluvia intenta camuflar una lagrima traicionera, pero no termino la frase.

—Mena... —Se lanza sobre mis brazos, derrumbándose—, no puedo más. La he cagado.

Mogollón de ideas pasan por mi cabeza. Está claro que todo este numerito tiene que ver con Tobías pero, ¿por qué le ha afectado tanto verle? Es

como si hubiera tenido algo muy serio con él, algo de lo que yo no estoy al tanto porque a mí no me ha dicho nada...

De cualquier forma no pienso preguntar nada ahora. Es absurdo. Observo que aparece un taxi.

—Ven, Menchu —susurro mientras levanto el brazo sin dejar que se aleje.

III

Carmen está en el baño.

Le he dejado unas mallas que a mí me quedan un poco pequeñas y una sudadera de las gorditas. Se está dando una ducha caliente para quitarse el frío del cuerpo porque las dos hemos llegado a casa congeladas. Y eso que el taxista, que era supermajo, aparte de *guapérrimo*, nos ha puesto la calefacción a tope durante el trayecto; pues ni por esas. Hace otra vez mucho frío de golpe y es difícil entrar en calor.

Yo ya me he duchado, aunque sigo estando destemplada, por eso me he metido en la cocina a preparar unas infusiones.

Oigo un maullido y miro hacia el suelo. Carmen tiene razón, tengo que ponerle nombre al pobre bicho, porque todavía no he tenido ninguna llamada, ni nota en el buzón. Además, la vecina, a la que he puesto al tanto de todo, me ha dicho que nadie me ha llamado a la puerta. A ver, está jubilada, se aburre, me fio de ella cien por cien porque la mujer vive colgada de la mirilla.

Vuelvo a acordarme del libro de *Zhilan*, y, sonriendo con dulzura, decido llamarlo como al gato protagonista.

—Hola, *Coco* —digo mientras me agacho y le hago una carantoña. Él intenta cogerme la mano y morderme. Quiere jugar.

Cuando hemos llegado estaba completamente dormido, eso sí, tenía una sorpresa al lado de la puerta en forma de charquito. Menos mal que el pis no lo ha hecho en la cama. Escucho el pitido del microondas y me apresuro a sacar el agua ya caliente para preparar las infusiones de rooibos de vainilla. Es la favorita de Rodri; es un goloso y no soporta muy bien la cafeína porque se pone de los nervios. Se me escapa un suspiro entre los labios. Le echo mucho de menos, la verdad. Hace cinco minutos que me ha llamado, se acababa de levantar. Le he puesto al tanto de todo y le he prometido que, en cuanto estuviera sola, le llamaría de nuevo y le explicaría mejor.

Dejo de escuchar el grifo de la ducha, coloco todo en una bandejita, subo la calefacción un poco más y me voy al salón con todo.

Mientras viene mi amiga intento ordenar un poco mis pensamientos, más que nada para no parecer una perra sin sentimientos cuando empiece a echarle en cara que ya no me cuenta sus cosas... Porque vale, yo me hago responsable de mi parte, la de estar ausente y un poco en Babia al estar pensando en Rodri. En ese sentido entono el *mea culpa*, pero si mi amiga me hubiera necesitado, yo lo hubiera dejado todo para estar con ella.

Antes de sentarme cojo la cama del gato y la pongo en el salón con un ratoncito de juguete para que el minino se entretenga mientras hablamos.

—¿Me dejas una bolsa para meter esto? —dice Carmen según entra en el salón con su ropa, escrupulosamente doblada entre los brazos.

—Claro, espera un momento.

Voy hasta la cocina pensando por el camino en que realmente no sé cómo encarar esta situación. De vuelta en el salón abro la bolsa para ayudarle a meter la ropa y la dejamos en una esquina.

—Anda, siéntate —ofrezco mientras me coloco de rodillas delante de la mesita auxiliar y voy escurriendo la infusión en las tazas.

—Perdóname por el numerito que he montado, Mena. —Me mira a los ojos, y sé que su disculpa es sincera.

—No tienes que pedirme perdón, en absoluto. Pero entenderás que no sé qué narices ha pasado.

—Cómo vas a saber si no te he contado nada —confiesa mientras se tapa la cara con las manos.

—¿Nada de qué, Menchu? —pregunto suavemente.

Ella se calla, supongo que intentando poner en orden todo lo que me quiere decir, por eso yo ni me muevo, esperando a que empiece a hablar. Mi relación con Carmen siempre ha sido igual, nos podemos enfadar, incluso nos podemos decepcionar en algún momento, o estar sin hablarnos una temporada, pero del mismo modo que nos alejamos, reculamos y pedimos perdón si es necesario. Sin malos rollos, sin rencores.

—Son muchas cosas las que te he ocultado y no sé por dónde empezar.

—¿Por qué no pruebas a contarme todo desde el principio? —pregunto mientras estiro los brazos ofreciendo la taza a mi amiga.

Suspira de manera entrecortada, como si tuviera algo de angustia, *Coco* lanza un maullido lastimero justo antes de avanzar hacia mis piernas, como si fuera consciente de alguna manera de que algo nos pasa. Automáticamente lo cojo y me siento con él en el sofá. Es tan suave...

Carmen no me mira, se centra en acariciar al gato. Pruebo con otra técnica para hacerla hablar.

—Le acabo de bautizar.

—¿Ah, sí? —pregunta acariciando detrás de las orejas—. ¿Y cómo se llama esta bolita de pelo?

—*Coco*.

—¿Como el del libro? —pregunta con una sonrisa bailando en su rostro.

—¡Buena memoria! Me encantó esa historia.

—Y a mí.

—Ahora dime, ¿qué ha pasado? —digo retomando la conversación.

—Ufff... Es complicado, porque no sé exactamente cuando ha sido el principio de toda esta locura.

—Menos mal que reconoces que es una locura —murmuro.

—Ojo, reconozco que es una locura lo que pasa por mi cabeza, no lo que he estado haciendo.

—Qué cabezona eres... ¿No es una locura acostarse con un montón de tíos sin más?

—No. Solo me lo estaba pasando bien. ¿Qué más da si son muchos o pocos, si los he conocido en un bar a por internet?

—Espera, espera... ¿por internet? —Asiente mientras se muerde el interior del carrillo—. ¿Y cuándo coño te has creado una cuenta para ligar por internet!?

—Para responderte a eso tengo que retroceder bastante en el tiempo.

—¿¡Bastante!?

Asiente de nuevo, le da un sorbo a su infusión y toma aire.

—¿Te acuerdas cuando estuvieron en Madrid aquellos chicos de Galicia, los que grabaron el vídeo clip allá por junio? —me pregunta acomodándose en el sofá.

—Claro. Itziar no para de comerme la oreja con Brais desde entonces —contesto justo antes de apurar mi infusión.

—Pues esa misma noche, Tobías y yo nos acostamos.

A punto estoy de escupir el líquido que tengo en la boca, pero lo único que consigo es atragantarme. Veo que me quiere dar palmadas en la espalda, pero yo le freno con un gesto. Me recupero a duras penas antes de exclamar:

—¿¡Que os habéis acostado!?

—Sí.
—¿¡Sí!?
—Solo fue esa vez, pero...
—¿¡Pero cómo, cuándo, y porqué yo no sé nada? —le corto.
—Pues porque no quería darle importancia.
—¿¡Pero serás zorra! ¡Tía, que soy yo! ¡Que llevo más de un año diciéndote que Tobías es el hombre de tu vida!
—Por eso mismo, Mena. No era el momento.
—¿¡El momento!? ¿El momento para qué? —pregunto bajando un poco el tono e intentando recuperar el ritmo cardíaco—. ¿Para follar como una loca con uno de los tíos más buenos que hemos visto en nuestra vida? ¿Estamos tontas o qué? —Me paro de golpe y una sombra de duda cruza en mi cabeza—. Espera, ¿fue un desastre en la cama y por eso lo quieres olvidar? No te avergüences cariño —consuelo palmeando su rodilla—, todas tenemos alguna experiencia traumática, y lo sabes. Pero mira que no me pegaba, que yo siempre he pensado que Tobías era más tipo *empotrator*.
—Deja de divagar. Fue una puta pasada, Mena, el mejor polvo que he echado en toda mi vida, la noche mejor aprovechada. Consiguió que me corriera ocho veces, ¡ocho!
—Para, para, para... —pido al borde del infarto quitando la taza de su mano, dejándola en la bandeja junto a la mía.
—¿Cómo que pare? ¿No querías que te contara?
—Sí, tía, pero como se hacen las cosas. Bien y con todo lujo de detalles. Alimenta mi mente calenturienta ahora que no puedo desahogarme con mi Rodri, tortúrame, ¡hazme sufrir! —Cojo sus manos y las aprieto, me estoy poniendo pelín nerviosa.

Llevo un rato intentando asimilar todo lo que me ha contado, dar forma a todos los detalles e intentar empatizar con sus sentimientos.

Me acuerdo de aquella noche con alguna dificultad ya que habíamos estado cenando con los chicos de Galicia y nos pasamos un poco con las cervezas. Pero Carmen bebió mucho más de la cuenta. Fue Tobías el que la frenó y le dijo que se pusiera a bailar con él para quemar todo el alcohol que llevaba en sangre o daría positivo hasta para andar en tacones, y ella se dejó cuidar por el bailarín.

Siempre ha habido algo entre ellos, la típica tensión sexual no resuelta

que hacía que saltaran chispas cada vez que estaban juntos. Ha sido Tobías el que siempre ha ido detrás de Carmen, el persistente, y ella la que le ha frenado los pies en más de una ocasión, la que intentaba mantener las distancias. Yo sé perfectamente que ese cuerpo, ese porte, esa mirada, la vuelven loca.

Cuando consiguieron llegar a la pista de baile, empezaron a bailar como locos, saltando, haciendo el moñas porque Carmen, al igual que yo, no sabe moverse como ellos. Pero él le hacía *portés*, la cogía y la llevaba de un lado a otro de la pista como si hubieran bailado juntos toda la vida. Así de bien encajaban ambos.

Con tanto roce se volvió loca, y en un momento dado, en lugar de hacer el mono, empezó a restregarse contra su cuerpo, metiendo más mano de la que debía y moviendo más cadera de la que tenía. Y él no lo pudo aguantar más.

—Estoy a un beso de perder los papeles, Carmen —dijo Tobías intentando mantener la respiración a raya.

Estaban demasiado juntos, sus alientos se entremezclaban y en esa ocasión ella tampoco pudo contenerse.

Le lamió.

Pasó la lengua por su boca y le miró desafiante, esperando ansiosa una respuesta, y dando por terminado el juego que se habían traído durante dos años. Y todo esto sin que ninguno de los que íbamos con ellos nos enterásemos de nada.

Tobías respondió como había avisado, perdiendo los papeles. Le agarró la parte de atrás de su larga melena, apretó su erección contra ella y le metió la lengua hasta la campanilla. Fue un beso incendiario que despertó a la fiera sexual que Carmen lleva dentro.

No tardaron mucho en abandonar la pista de baile y salir de allí sin despedirse de nadie. Media hora después estaban abriendo la puerta de la casa de Tobías. Follaron en la entrada, de pie, haciendo alarde de ser un empotrador nato; lo hicieron fuerte, casi de manera salvaje, intentando calmar esa tensión acumulada a lo largo de esos dos años. No fue suficiente y también lo hicieron en la barra americana de la cocina, a trompicones y rompiendo por el camino un frutero, un vaso y una jarra.

Cuando llegaron al cuarto Carmen necesitaba más, mucho más, y él, ansioso por que no terminara la noche, se lo dio.

La dejó caer sobre la cama y se quedó parado a sus pies, desnudo y apuntando con su húmeda erección su objetivo, observándola con ese hambre

voraz que siempre sentía por ella. Quiso saltar encima y volver a poseerla de ese modo salvaje que le dictaba su traicionera mente. Pero su corazón, ese órgano que nos hace latir de amor de vez en cuando, tomó las riendas.

La disfrutó. Entera. Él y ella compartiendo ese momento único.

Se colocó sobre ella, despacio, lamiendo y besando cada tramo de piel que veía. Soplando en las zonas que él creía que la podría enloquecer.

Carmen no paraba de reclamar. Quería más. Necesitaba sentirle dentro, anclarse a su cadera y dejarse llevar a la deriva del orgasmo de nuevo.

Pero él no tenía prisa. Ninguna.

Ella notó el cálido aliento en su pubis y gritó de la impresión. Levantó la cabeza para asegurarse de que era su experta lengua la que follaba su intimidad. Quería alargar ese momento, pero cuando Tobías levantó su verde mirada y se fijó en lo que reflejaban sus ojos, se corrió.

Él, ufano por lo que había provocado en esa mujer, sonriendo de ese modo canalla que le hacía marcar el hoyuelo de su mejilla, reptó sobre su cuerpo para penetrarla por fin. Carmen no había bajado aún de su nube *postorgásmica* cuando le sintió bombear con fuerza en su interior, elevándola de nuevo al paraíso.

Tobías satisfizo todos y cada uno de sus reclamos. El roce de sus manos en su piel le hacían perder la cabeza, y a eso Carmen no estaba acostumbrada. Ese encuentro que empezó casi como una pelea dio lugar a otra cosa, una que a ella le gustó en exceso.

Después del octavo orgasmo, Carmen se metió en la ducha. Se había rendido a las últimas caricias de Tobías y eso la había dejado con el cuerpo temblando. De repente fue consciente de lo que había pasado, de lo que habían hecho, de lo que había sentido.

Salió del baño y se encontró con esa nueva realidad que acababa de desmontarla por completo. Él estaba en la cama, boca abajo, enseñándole un primer plano del mejor y más precioso culo que había visto en su vida. Se había quedado dormido y eso a ella le despertó un sentimiento de ternura que no se esperaba.

Se acercó despacio, se sentó a su lado y, casi sin darse cuenta, estiró la mano dispuesta a acariciarle la cara. El corazón empezó a latirle con fuerza, sentía que le iba a explotar en el pecho; se quedó parada, con la mano a dos centímetros de su piel intentando asimilar todo lo que su alma estaba experimentando en ese momento.

Pero no pudo llegar a tocarlo. Salió corriendo. Huyó.

No se despidió de él, ni contestó sus llamadas, ni mensajes durante los siguientes días. Sabía que lo que sintió estando con Tobías no lo había sentido nunca por nadie y, aun así, no quiso hacerle frente. Se negó, creyó esa mentira de «si no miro, no existe» y siguió con su vida.

Carmen lleva un rato de pie, paseando de punta a punta de mi pequeño salón y empieza a ponerme de los nervios.

—¿Vas a decirme algo ya? —pregunta haciendo que vuelva de mis pensamientos.

—Es que ahora mismo me apetece insultarte mucho y muy fuerte, y no sé si es lo que necesitas. —Es en serio, me parece muy fuerte, y casi imperdonable, que no me haya contado nada de esto.

—Dilo, no te cortes; soy tonta, ¿verdad?

—Hombre, te acabo de decir que te quiero insultar mucho y muy fuerte; lo de tonta no es que se quede pequeño, es que ni lo he considerado siquiera —contesto con mi sinceridad de siempre.

—Joder, Mena. ¿Qué iba a hacer? Yo no soy así, de las que se aferran a un único tío. Con la cantidad de gente que hay por el mundo y no he conocido. ¡No puedo aferrarme a Tobías y ya!

—Pero tía, ¿te estás escuchando? —reclamo intentando ordenar todos los pensamientos en mi mente—. Que no tienes quince años, bonita, que ya tenemos pelitos donde da la sombra como para confundir determinadas cosas.

—Ya. Pero es que yo no soy así, no me van estas gilipolleces. No soy como tú.

—Hombre, gracias por llamarme gilipollas.

—Que no... —dice con un amago de sonrisa—, me refiero a que cuando Rodri se te puso a tiro lo supiste enseguida y no te importó nada más. Yo... yo no quiero perder lo que tengo. Mi libertad. Soy una tía fuerte, independiente, estoy acostumbrada a valerme por mí misma y no quiero una relación en la que un tío ocupe mis pensamientos las veinticuatro horas del día.

—Vale, nena. Para ya que me parece que te estás confundiendo del todo. ¿Acaso no ha ocupado tus pensamientos Tobías desde que pasó lo que pasó con él? —pregunto intentando que vea mi punto de vista—. Te quieres negar a la evidencia.

Se queda callada, me mira y se sienta de nuevo a mi lado.

—De todas formas —continúo—, Rodri no ocupa mis pensamientos las veinticuatro horas del día, no he dejado de ser yo. Lo que pasa es que ahora soy yo con él. A mí me suma, y en ningún momento me he sentido que soy menos por estar con él, al revés, me siento más. —Sigue en silencio, supongo que pensando en mis palabras—. Además, Carmen, cada persona lleva la relación como quiere, y si tú necesitas más espacio pues buscas una relación en la que tengas tu espacio. Se acabó el drama.

La observo detenidamente mientras acaricio su espalda. Ella a su vez ha empezado a hacerle carantoñas en la tripa a *Coco*, que en ningún momento ha abandonado el sofá. Me imagino que estará analizando todos esos sentimientos y emociones a los que lleva tanto tiempo dando la espalda.

—Hay otra cosa que no te he contado y que me quema por dentro.

Frunzo el ceño. ¿Más?

—Cuéntame.

—Cuando dejé de recibir sus llamadas, cuando él dejó de insistir hice una cosa. —Abro los ojos por la sorpresa—. Me abrí un perfil en internet, en una página de contactos.

—¿Perdona?

—Pues eso, que tengo un perfil en internet y tengo citas con chicos.

—Con chicos.

—Sí. Chicos. Varios. De hecho todas esas citas que os decía que tenía eran a través de esta página.

Abro la boca, soy incapaz de esconder la expresión de sorpresa de mi cara.

—Me estás dejando a cuadros —consigo decir—. ¿Has estado quedando con un montón de chicos a los que no conoces de nada solo para follar y no me lo has contado?

—Escuchado en tu boca suena mal. Pero es una opción como otra cualquiera de relacionarse con el resto de la humanidad.

—¡Coño, Carmen! ¡Que a ti nunca te ha hecho falta! ¡Que tú vas a un bar, conoces a alguien y lo tienes en tu cama en un nanosegundo! —Sé que estoy gritando pero no me importa. Me levanto de golpe y ahora soy yo la que empieza a pasear de lado a lado del salón.

—Sabía cómo te ibas a poner, por eso no te lo dije. —No me mira.

—¿Y cómo quieres que me ponga, Carmen? No me cuentas lo de

Tobías, no me cuentas lo de la página de contactos... ¡Creía que era tu mejor amiga!

—¡Y lo eres! Pero es que no me apetecía que me juzgaras.

Tomo aire mientras me echo la melena para atrás. Hace rato que *Coco* se ha metido en su camita y pasa de nosotras. Intento ponerme en su pellejo y empatizar con ella, rebajar el cabreo y tratar de tener una conversación civilizada.

—A ver, Carmen. ¿Cómo te voy a juzgar? —Miro directamente sus ojos. Es ella, es mi amiga, y me está diciendo ahora todo lo que pasa porque tiene que tener la cabeza echa un lío—. Sería incapaz de hacerlo.

—Perdóname, Mena. No quería pensar. Ni escucharte alabar las virtudes de Tobías para hacerme cambiar de idea.

—Nena, es que Tobías tiene unos ojos, una mirada...

—Y una polla...

La miro haciéndome la escandalizada por su comentario y las dos nos ponemos a reír. Creo que esto es lo que necesitábamos, sacar el cabreo a base de carcajadas. La abrazo y trato de hacerle ver que todo está bien entre nosotras, aunque esta se la voy a estar guardando hasta el día del juicio, que también somos muy ácidas cuando queremos.

—Bueno —digo intentando centrar de nuevo la conversación—. Y ahora que ya me has puesto en antecedentes, ¿me vas a decir qué coño ha pasado en la sala de ensayo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes o no me lo quieres decir?

—No. No lo sé, Mena. De repente le he visto ahí después de todo este tiempo y es como si me hubiera transportado de nuevo a su casa, a su cama. Me he visto acortando esos dos centímetros, acariciándole... besándole.

—Vamos, que estás hasta las trancas.

—¿Yo? ¿Hasta las trancas?

—*Sep*, hasta el tuétano, amiga. Pero no le des vueltas a eso ahora, no es el momento. —Deja caer la cabeza sobre sus manos y suspira, derrotada.

—No sé qué hacer...

—Pues creo que lo primero que debes hacer es aclararte.

El móvil pita, anunciando algún mensaje de *whatsapp* sin leer. Estira la mano para coger el bolso y sacar el móvil. Lo lee. Vuelve a meterlo en el bolso. Se pasa las manos por el pelo y las deja en el cuello.

—Creo que necesito irme a casa —dice después de un rato en silencio. Silencio que trato de respetar por todos los medios.

—¿Has quedado? —pregunto intentando que no suene a reproche.

—Algo así...

Asiento. No puedo decirle nada más. Ahora es su decisión, debe elegir entre seguir escondiendo la cabeza como un avestruz o enfrentarse a sus sentimientos y, decida lo que decida, debo apoyarla.

—De acuerdo —digo con una sonrisa—. Llámame si me necesitas; por la tarde por la noche... mañana. Cuando sea, a cualquier hora.

—¿No tenías mañana una entrevista para un posible trabajo?

—Sí, pero es a las doce. Hasta entonces estaré disponible.

—De acuerdo. —Se levanta, coge la bolsa con sus cosas, el abrigo y el bolso y camina hacia la puerta, pero antes de llegar se da media vuelta—. Gracias por todo, Mena. Realmente... me has ayudado un montón.

—No me agradezcas tanto, que todavía estoy cabreada contigo por haberme estado ocultando todo esto durante ni se sabe el tiempo —contesto con cierta molestia.

Ella me abraza, porque me conoce y sabe que sus muestras de afecto me debilitan, la muy *japuta*. Me mece un poco y me susurra un lo siento. Pongo los ojos en blanco.

—Imbécil.

—Mañana te llamo. —Me besa la mejilla y, sin decir nada más, abre la puerta y se va.

Cierro la puerta. No me muevo. La confesión de Carmen me ha dejado un poco en estado de *shock*. Se han acostado... Tobías y ella se han acostado. Intento recordar algo de esa noche, pero, la verdad, estaba más pendiente de Nat y Brais que de otra cosa.

—Miau...

Bajo la cabeza y me encuentro a *Coco* entre mis pies, queriendo jugar con mis calcetines, engancha las uñitas afiladas y tira del hilo. Bajo las manos rápidamente antes de que me haga un enganchón.

—¡Oye! —regañó. Bueno, lo intento. La sonrisa que tengo en la cara difiere mucho de estar enfadada con él.

Hundo mi nariz detrás de su oreja para hacerle una carantoña y me lo llevo de vuelta al salón.

—Ay, *Coco*, *Coco*... ¿Qué hago con Carmen? —El gatito me mira y

vuelve a maullar. «¡Por favor, qué cosa más bonita!».

Me parece que voy a tener que llamar a Rodri y avisarle de que se va a encontrar con un nuevo habitante en casa, porque yo no pienso soltar a este animalito.

No para de llover y ha empezado a soplar en aire helado que se cuele por todas y cada una de las rendijas de esta casa. Rodri siempre me lo dice, que busquemos otro piso que podamos pagar entre los dos y que yo alquile el mío. Quizá sea lo que debemos hacer, pero... adoro mi casa. Todo mi esfuerzo por tener algo mío está esparcido en cada metro cuadrado, en cada rincón, en cada mueble.

Tengo la tele puesta de fondo, aunque en realidad no estoy viendo nada. Hace ya rato que he terminado de hablar con Rodri y me siento rara. Nostálgica, pero sobre todo preocupada por Carmen. Me da la sensación de que se ha ido de manera precipitada.

Coco lleva un rato dormido acurrucado en el sofá. Sonrío acordándome de la cara que ha puesto Rodri cuando se ha enterado de mis planes con el animal; al principio todo eran quejas: que si cuidar de un animal era una responsabilidad muy grande, que si a saber de dónde ha salido, que lo mismo nos pegaba algo... ¿Qué he hecho? Pues lo que cualquier persona con dos dedos de frente haría en estos casos: coger al animalito, acercarlo a la cámara y dejar que él solo se diera cuenta. ¿Su contestación? Una sonrisa y un: ¿Cómo has dicho que se llama?

Suspiro y cojo el móvil. Entro en el chat con Carmen y veo que no se ha conectado desde poco antes de las cuatro, justo cuando ha mirado el *Whatsapp* en casa.

Ojalá que no esté haciendo nada de lo que luego pueda arrepentirse. Ojalá que confíe en mí y termine de abrirse y de purgar todo lo que le ha estado pasando estas semanas.

IV

Nadie ha llamado preguntando por el gato y cada minuto que pasa me dan más ganas de quitar el cartel que puse en el portal, porque la verdad es que me he encariñado con esta bola de pelo.

Madre mía, cómo cambian las cosas. Hace unos años ni me hubiera planteado tener mascota, huía de las responsabilidades como de la peste, y ahora estoy deseando atarme con un contrato laboral, no me duele tener que estar pendiente de un ser vivo que dependa de mí y hasta se me ha pasado por la cabeza deshacerme de mi piso de soltera, hacer caso a Rodri y buscar algo mejor.

Bajo la vista y le veo mordisqueando mi zapatilla de estar por casa con forma de unicornio. Una sonrisa vuelve a cruzarme el rostro, si un animalito me mueve así por dentro, ¿qué me pasará cuando sea mamá?

Stop.

«¿¡Se puede saber qué hago pensando en ser mamá!?».

«¿¡Se te va la pinza!?».

Hiperventilo por un momento, pero trato de calmarme. No voy a ser mamá, al menos de momento.

«¿¡De momento!?».

Niego como una energúmena mientras me voy directa al baño. No puedo entretenerme en esto ahora mismo, ya estoy lo suficientemente nerviosa pensando en la prueba que me espera en unas horas.

Me meto en la ducha. Tengo que prepararme para la que será la entrevista de mi vida y en eso es en lo que debo centrarme. Lejos está ese pasotismo, ese «voy, trabajo y espero tranquila al siguiente cliente que necesite mis servicios». No; ahora quiero más, necesito una estabilidad, un sueldo fijo todos los meses, algo que me haga vivir más relajada. De hecho si me saliera este trabajo y consiguiera un contrato de más de tres meses, ¡sería feliz! Ya no dependería de los chicos, ni de los contactos de Tobías, ni siquiera de los de Carmen.

Mientras me enjabono, el recuerdo de ayer por la tarde con ella inunda mi mente. A las diez de la noche recibí un mensaje suyo diciéndome que había estado hablando con Itzi, contándole a ella también toda la historia, y que iban a ver una película. Respiré tranquila al saberla en casa y sin hacer ninguna tontería como buscar calor humano en desconocidos. Que todavía estoy flipando con este secretismo por follar que se traía entre manos.

Termino de aclararme y cojo rápidamente la toalla calentita del radiador. Ha parado de llover pero el frío y la humedad en el ambiente te cala hasta los huesos, aunque la verdad es que yo creo que hasta que Rodrigo no entre por esa puerta la menda *lerenda* no va a entrar en calor de ninguna manera. ¡Como son los cuerpos..., y los corazones!

Escucho el timbre y antes de salir del baño me envuelvo el pelo en una toalla, que no quiero coger un pasmo. Sé que es Silvestre, por eso no me preocupo en vestirme. He quedado con él para pasar la mañana. Me va a acompañar a la entrevista y luego yo le acompañaré a ensayar. Todavía dudo en si llevar a *Coco* con nosotros, porque voy a estar más tiempo fuera de casa; quizá si la vecina le echa un ojillo...

Descuelgo el telefonillo y le doy al botón para abrirle la puerta sin preguntar. Cuando le escucho ya en el descansillo abro la puerta. Sonrío al ver la cara de mi amigo.

—¡Hola, bombón! —le saludo.

—¡Oye! ¿Así abres la puerta? A Rodrigo que vas.

Suelto una carcajada y me aparto para que pase.

—Sí, sí, ríete. Pero, ¿y si pierdo la cabeza por verte medio desnuda y me cambio de equipo a estas alturas de la vida?

—Serás gilipollas... Anda siéntate un rato mientras termino de arreglarme.

—¿Qué tal todo? —me pregunta mientras se quita el abrigo de camino al sofá.

—Estoy muy nerviosa, Silvestre.

Entro de nuevo en el baño y me doy crema hidratante.

—No tienes por qué estarlo. Lo vas a hacer genial, tengo un presentimiento.

—No sé, Silver. Llevo demasiado tiempo dando tumbos de un trabajo a otro, tengo todas mis esperanzas volcadas en este proyecto, y si no sale...

—Si no sale, levantas la cabeza bien alta y sigues intentándolo.

—Es agotador... —Observo mi reflejo en el espejo antes de empezar a vestirme.

—¿A mí me lo dices? Te recuerdo que mi vida de bailarín no difiere mucho de la tuya. Estamos dando tumbos, de *casting* en *casting*, de bolo en bolo, deseando que nos vean, deseando destacar.

—Pero vosotros ahora tenéis la academia de baile, sois profesores, tenéis alumnos fijos...

—Pero no es suficiente para cubrir todos los gastos. —Me asomo a la puerta y le miro frunciendo el ceño—. Nada preocupante, tranquila. Anda, termina que al final llegaremos tarde. ¿Dónde está esa bola de pelo que te tiene sorbido el seso?

—¡No lo llares así! —grito mientras le lanzo una pinza para el pelo. *Coco* hace acto de presencia y se pone a sus pies para que le haga caso.

—Pero qué monada...

Sonrío y me vuelvo al baño a arreglarme. *Look* sencillo, poco maquillaje y ropa arreglada pero informal, como soy yo: la naturalidad elevada a la máxima potencia.

Vamos en el coche cantando a voz en grito *Chiquilla* de Seguridad Social. A los dos nos encanta y estamos pensando muy seriamente en grabarnos haciendo *playback* en el coche y subirlo a las redes.

—¡Esto viene de fábula para desestresarse! —grita para que le escuche por encima de la música.

—¡Para desestresarse viene de fábula otra cosa, Silver, pero a falta de p...!

—¡Mena! —grita haciéndose el escandalizado.

Los dos nos reímos.

—Bueno, cuéntame. ¿Por qué estás tan radiante hoy? ¿Algo que deba saber? —levanto las cejas varias veces.

—No mucho...

—Silver, que nos conocemos ya.

—Sí nos conocemos, sí... y empieza a dar un poco de asquito.

—Anda, Silver —ruego—. Dame *envidieja*. —Desvía un poco la mirada de la carretera para mirarme y sonrío.

—Tía, te acuestas con Rodrigo, sé cómo se las gasta en la cama. No puedo darte envidia teniendo a semejante hombre como referencia. —Abro la

boca, sorprendida por el zas que me acaba de dar en toda la boca, y una imagen de Silvestre y Rodrigo juntos vuelve a importunarme—. Ahora, lo que sí te digo es que sabe cómo moverse en todas las superficies de mi casa.

—Pues me alegro de que te hayas dado un atracón de Bruno.

—No sé si fue atracón; nunca tengo suficiente de él, Mena.

—¿Le pediste que se quedara? —pregunto, recordando la conversación de hace dos días.

—No, no le dije nada. —Me callo y sigo observándole—. Se quedó él por iniciativa propia.

—¡Toma! —exclamo mordiéndome el «te lo dije».

—No cantemos victoria aún. —Sonríe de medio lado y guardo silencio respetando el suyo—. Oye, cambiando de tema, ¿se puede saber qué os pasó ayer? ¿Carmen está bien? No me ha cogido el teléfono ni ayer ni hoy.

—Pfff. Prefiero no contarte nada, Silver. Es un tema delicado.

—Vaya.

—Sep.

—¿Y si yo te pregunto y tú solo me contestas con monosílabos?

—No creo que...

—¿Y si luego te digo lo que pasó con Tobías? —Abro la boca y voy a soltar un taco cuando levanta la mano para frenarme—. Es aquí, voy a aparcar.

¡Será mamón! Me ha puesto de los nervios con la preguntita y ahora me he puesto de los nervios sabiendo que tengo la entrevista ya.

—Luego hablamos de Tobías y Carmen, que no es momento. ¿Me esperas aquí? —pregunto mientras me desabrocho el cinturón y me coloco la bufanda.

—Claro, Mena. ¡Suerte!

Llevo diez minutos en la sala de espera, sentada en una silla que debe de costar un ojo de la cara pero que es incómoda de narices. Todo a mi alrededor parece de *Do Design*, la tienda de decoración favorita de Carmen.

—¡Hola! Tú debes de ser Jimena —saludan a mi lado haciendo que me asuste y pegue un pequeño bote.

—Sí. Soy yo. —Extiendo la mano reprimiendo el impulso de darle dos besos a modo de saludo, que me han dicho que no queda bien. Ella la mira, me la estrecha; sonrío y señala el sillón de nuevo para que nos sentemos las dos.

—Yo me llamo Mar, y me estoy encargando de hacer las entrevistas.

Antes de preguntarte nada te voy a explicar un poco.

—De acuerdo, como quieras —contesto sin que se note en mi tono de voz la impaciencia ni los nervios que siento ahora mismo.

—Normalmente tratamos con un montón de productoras de televisión, cine e incluso teatro. Si bien el contrato sería por obra, podrías estar maquillando casi en exclusiva para una serie televisiva durante años.

Mar utiliza un tono desenfadado, sus gestos y su mirada me inspiran confianza y buena vibra. Es bajita, con el pelo muy corto y unos ojazos grises muy parecidos a los de Rodrigo, quizá por eso me ha caído bien nada más mirarme.

—Somos un grupo de trabajo bastante unido, pero Marga está de baja por maternidad y Félix ha encontrado trabajo fuera de España. Nuestra situación es delicada porque necesitamos encontrar a alguien serio cuanto antes. Nos urge.

—Vaya, espero cumplir vuestros requisitos —digo sonriendo. Me ha temblado un poco la vocecilla. Quiero este trabajo. ¡Lo quieroooo!

—Bueno, pues empieza hablándome un poco de ti.

Que hable de mí dice, como si fuera tan fácil...

«¡Coño! ¡Que me he quedado en blanco!».

Miro a Mar a los ojos, su mirada es franca, cercana y por fin empiezo hablar. Le cuento todo: dónde me formé, los trabajos que he hecho desde entonces. La razón por la que abandoné el trabajo en la tele, todos los rodajes en los que he colaborado y, por supuesto, termino contándole que soy maquilladora oficial de Rodrigo y su cuerpo de baile.

—¿Rodrigo Díaz?

—El mismo, ¿lo conoces? —pregunto extrañada por el tono y la cara de sorpresa.

—Me compré su disco de versiones del año pasado. Vi el vídeo de *Earned it* doscientas veces. Muy buen trabajo por cierto.

—Vaya... Gracias.

De repente la entrevista deriva a otra cosa. Hablamos del grupo, de mis amigos, de todo lo que hemos conseguido en tan poco tiempo. Sí, hemos, porque yo hace tiempo que me considero uno de ellos. Se nos pasa el tiempo volando.

—Bueno, Jimena —me dice mientras consulta su reloj—, se me ha pasado la hora de la entrevista y ni me he dado cuenta.

—A mí me ha pasado lo mismo. —Ojalá que tenga suerte y esta vez mis sueños se cumplan, quizá así pueda meter mano en los rodajes de películas. Sería tan feliz...

—Yo no soy la que decide si te quedas o no, solo me encargo de todo lo relacionado con asuntos laborales, labores de oficina, vaya, pero si es que sí, lo más seguro es que mañana te llamen. Como ya te he comentado, nos urge contratar a alguien cuanto antes y tu disponibilidad juega mucho a tu favor.

Me guiña un ojo y yo le devuelvo una sonrisa radiante y sincera.

—¡Silvestre! —grito nada más abrir la puerta del coche, asustando en el proceso a mi amigo.

—¡Joder, Mena! —replica colocándose y llevándose una mano al pecho.

—Lo siento... —Pero me río y mi disculpa pierde cualquier atisbo de credibilidad.

—Pareces contenta.

Me siento y me abrocho el cinturón.

—He conocido a una chica majísima. Y os conocía, lo he flipado un poco, la verdad. ¡Tiene el disco de Rodri! —y al repetirlo en voz alta me doy cuenta de que tengo que llamar a mi chico y decírselo. Observo el reloj, aún es pronto al otro lado del charco—. ¿Le grabamos un mensaje para que nos escuche cuando se levante?

—Pues claro —contesta mientras enciende el coche—. Vamos yendo al local, que se nos ha echado la hora encima.

—Sí, sí. Arranca.

Presiono el icono del micrófono del *Whatsapp* y tras darle los buenos días empiezo a contarle la entrevista con Mar. Silver también saluda y aprovechamos para hacer un poco el gili.

—Madre mía. Dos minutos de audio de gritos y tonterías, lo mismo se piensa lo de volver —suelto nada más terminar de grabar.

—Anda, no digas chorradas. Está deseando venir, que le tienes sorbido el seso, guapa.

—Ay... —exclamo en tono evocador—, yo le quiero sorber otra cosa, Silver.

Se ríe.

—Qué brutita que eres, cariño.

—¡¡Y un, dos, tres, ya!! —La voz de Silvestre retumba en la sala de ensayo—. ¡¡Un, dos, ya!!

Miro anonadada cómo los diez chicos ejecutan los pasos de baile en perfecta sincronía. Me hace falta Carmen, necesito babear con ella porque hacerlo sola es muy aburrido.

Le he mandado mensajes, le he llamado, pero nada. Está desconectada desde ayer por la noche. Estoy un poco preocupada porque quedé en avisarla si venía; aunque, la verdad, después de lo que me confesó de Tobías probablemente me hubiera dicho que no. Pero que ni siquiera se haya conectado ni para dar los buenos días...

También le he mandado un mensaje a Itzi, a ver si ella sabía algo, pero está en clase. Lo único que ha podido decirme es que ha desayunado con ella y que le había contado que hoy no iría al trabajo. Y eso es lo que me tiene más preocupada, ¿Carmen faltando al trabajo? Hmm. No me pega... no de Carmen.

—¡¡En el cuatro, Tobías!! —grita Silver—. ¡No entras en el cuatro!

Una sensación de *dejavú* me arrasa y me hace dejar de pensar en mi amiga y prestar atención a los chicos. Tobías está demasiado serio, aprieta la mandíbula en claro signo de frustración. Me doy cuenta de que con el subidón de la entrevista Silver y yo no hemos podido hablar de nada de lo que pasó ayer. Me gustaría hablar con él directamente y saber de primera mano lo que le pasa por la cabeza, lo que sintió ayer al ver a Carmen.

—Tío, déjalo —dice Silvestre parando la música—. Descansa un poco y luego intentamos la coreo con Sole, a ver si esa te sale mejor. No sé qué te pasa, pero hoy no estás en lo que tienes que estar.

Tobías no dice nada, se va hasta la toalla que está tirada en el suelo cerca de la pared, la coge y sale por la puerta de la sala de ensayo, abriéndola con tanta fuerza que golpea la pared de atrás.

Todos empiezan a murmurar y Silver está dispuesto a seguirlo, pero yo le freno con un gesto antes de correr detrás de él. Cierro la puerta de la sala de ensayo y me apoyo en ella. Tengo a Tobías delante, casi abrazado a la máquina de bebidas isotónicas, con la cabeza gacha y la respiración agitada.

La camiseta negra de tirantes que lleva y los pantalones grises, dos tallas más grandes, están empapados en sudor. Se marcan todos y cada uno de los músculos de la espalda que tiene en tensión; dudo si acercarme o no, la

verdad es que está rezumando hostilidad por todos los poros de su piel. Da la sensación de que estoy frente a una bestia salvaje que me va a morder de un momento a otro.

Me armo de valor y me acerco a él; detrás de mí los graves de la música de *hip hop* hace que retumben las paredes.

—¿Estás bien? —susurro mientras estiro una mano para tocarle el hombro.

—No es buen momento, Mena. —No me mira, pero observo cómo aprieta sus puños. Espero que no le dé por liarse a hostias con las paredes... ¡O conmigo!

—Si quieres puedo...

—No, Mena. No quiero. —No levanta la cabeza. No se mueve.

—Pero si no sabes lo que iba a decir.

—Ibas a decir algo de tu amiga y no tengo el día. —Quita los puños de la máquina y se estira, pero no se gira.

—Solo te iba a decir que puedo sacar una bebida, si quieres.

Enseño un euro que acabo de sacar del bolsillo del pantalón y espero a que me mire. Suspira.

—Perdona.

—No te preocupes. También quería hablar de Carmen, pero más tarde. —Guiño un ojo y sonrío de manera cauta.

Me observa fijamente durante un rato que parece una eternidad, hasta que él también acaba sonriendo. Le saco la bebida y se la doy.

—Gracias...

—¿Me vas a decir qué te ha pasado ahí dentro? —pregunto con el tono de voz más suave que puedo sacar.

—Está claro, ¿no? —contesta mientras abre la bebida y le da un trago —. Desde ayer no puedo sacarme a Carmen de la cabeza. —Se queda callado, pensativo—. ¿Por qué tuvo que venir?

—Fue por mi culpa —explico mientras pongo cara de circunstancias —. Insistí en que me acompañara.

—Pues vaya...

Le da otro trago a la bebida antes de preguntarme:

—¿Te contó algo de lo que pasó entre nosotros?

—Sí, ayer me puso un poco al día.

—¿Ayer? Joder, pues sí que se avergonzó de lo nuestro si ni siquiera

se lo contó a su mejor amiga.

—No, no, no. Estás equivocado... —me callo porque no puedo hacer esto por ella. Es Carmen la que debe tener esta conversación con Tobías, no yo, por mucho que me muera de ganas de contarle todo con pelos y señales—. Creo que te equivocas.

—Pues yo creo que no. Creo que ella piensa que haberse acostado conmigo ha sido el máximo error de su vida. Y el mío también. Debí haber esperado a que no estuviera tan borracha.

—¡Carmen no estaba borracha! —exclamo con un tono de indignación.

—Lo estaba. La vi.

—Mira, Tobías, si Carmen hubiera estado tan borracha como para no saber qué estaba haciendo no habría sido capaz ni de darte medio morreo.

—Da igual, Mena. Esto ya no me importa una mierda. Pero no soy el juguete de nadie, ¿vale? Por mucho que la quiera, no pienso dejar que se ría de mí.

Y según termina de decirme esto, da media vuelta y se mete en los vestuarios de los chicos cerrando la puerta con otro portazo.

O sea, que la sigue queriendo...

—¿Mena? —llama Silvestre asomando la cabeza desde la sala—. ¿Has conseguido hablar con él?

—Pfff, está superenfadado con Carmen.

—Ya... —Sale y cierra la puerta tras de sí—. Voy a probar yo; a ver si consigo calmarlo un poco o no podremos ensayar en todo el día.

La imagen de Carmen medio llorando bajo la lluvia arrasa mi sistema. Tengo que hablar con ella, intentar convencerle de que dar una oportunidad a Tobías no implica contraer matrimonio ni atarte a una persona, ni nada parecido. Al final ella está sufriendo, él está sufriendo... ¡Vaya mierda!

—Yo me voy a ir a casa ya, que me da cosa haber estado tanto tiempo fuera sin saber nada de *Coco*.

—¿No has llamado a la vecina?

—Sí, tres veces, pero aun así. —Pongo cara de circunstancias, él asiente.

—Ok, bonita. Nos mensajemos.

Me da un beso en la mejilla y desaparece por la puerta de los vestuarios.

Entro de nuevo en la sala mientras la música de Dua Lipa hace que

retumben los cristales. Los gritos de los chicos marcando los pasos me llaman la atención y consiguen que me pare un minuto a observarlos. Los movimientos certeros de todo el grupo de baile, doce chicos y chicas intentando sincronizarse al máximo, es digno de ver. Estoy convencida de que Rodrigo daría cualquier cosa por estar aquí con ellos y no al otro lado del charco, porque la experiencia del musical está muy bien, pero no es lo mismo. Levanto el brazo para llamar la atención de Edu o Gael, que son los que están más cerca, y despedirme. Me miran extrañados sin perder el ritmo, yo solo encojo los hombros a modo de disculpa y les hago la señal de llamarnos más tarde.

Son las ocho de la tarde y estoy a punto de prepararme una ensalada para cenar. Pero no tengo hambre porque los nervios han acampado en mi estómago y no me dejan en paz.

He colgado hace un rato con Itziar. No sabemos nada de Carmen desde que la ha dejado durmiendo en casa esta mañana; cuando ha llegado de la facultad me ha llamado para decirme que estaba todo recogido y que Carmen no estaba allí, que no había dejado ninguna nota, y que seguía sin coger el teléfono ni contestar los mensajes. He llamado a su oficina para saber si se había pasado por allí, pero como casi siempre trabaja fuera, su compañera no ha sabido decirme nada.

También he estado hablando con Rodrigo por *Skype* y le he puesto al día de todo lo que había pasado. Lo de mi entrevista ha pasado a un segundo plano y la preocupación por mi amiga ha ocupado todo el tiempo. También he informado a Silvestre para que me llame si sabe algo de ella y estoy hablando cada dos por tres con Itziar, intentando calmarnos la una a la otra.

¿Dónde cojones se habrá metido Carmen?

¿Y si después de todo lo que me dijo ayer hace alguna locura? ¿Y si de tanto jugar con fuego ha acabado quemándose? Joder, que quedar con tantos chicos y sin conocerlos de nada...

Voy a relajarme, que soy un poco Antoñita la fantástica.

Abro la nevera y cojo los ingredientes mientras *Coco* dormita en una de las esquinas de la cocina. Me da ternura verle ahí acurrucado, como pasan las tuberías de la calefacción por debajo, el suelo está calentito.

Tomo aire, pero me cuesta llenar los pulmones.

Suena el fijo de casa y pego un bote antes de correr a cogerlo; no lo encuentro a simple vista, pero lo escucho sonar en el baño.

Descuelgo antes de mirar.

—¿Diga? —pregunto con un tono de ansiedad en la voz.

—¿Por qué no me coges el móvil? —me recrimina Gael al otro lado.

—¿Me has llamado al móvil? —pregunto extrañada mientras salgo del cuarto de baño rumbo al salón, donde supuestamente está el móvil.

—Desde hace un rato, pero no hay forma, me sale que lo tienes apagado.

—Qué raro... —Lo cojo de la estantería y le doy al botón para encender la pantalla, pero nada. Está apagado—. ¡Mierda! ¡Me he quedado sin batería!

—Pues eso te estoy diciendo.

—Lo siento, Gael, ¿era muy urgente lo que tenías que decirme? —digo con pesar mientras busco el cargador con la vista en algún punto indeterminado de la sala.

—Nada, como ayer apenas hablamos y hoy tampoco, solo quería saber cómo estabas, cómo llevabas la ausencia de Rodri... En fin, ya sabes, marujear un poco, ¿que andas desaparecida desde que Rodrigo no está!

—Lo sé, lo sé. Prometo estar más en contacto con vosotros. Rodrigo va a venir dentro de nada y sé que tiene muchas ganas de retomar los ensayos y de veros. Está convencido de que vais a ganar. —Después de un rato dando vueltas sobre mí misma, veo el cable sobresaliendo del bolso. Si es que soy un puto desastre para todo, coño.

—Yo también tengo ganas de que nos vea, aunque Silvestre le ha mandado alguna cosilla...

—Voy a conectar el móvil, espera un segundo.

Trasteo con el enchufe y dejo que se inicie, pensando que la Ley de Murphy es una puñetera y que seguro que tengo alguna noticia de Carmen en este rato.

—Tranquila, si lo prefieres hablamos en otro momento, te noto un poco ausente.

—Pues casi lo prefiero, Gael, estoy esperando una llamada importante y me he quedado un poco bloqueada al ver que estaba el móvil apagado.

—¿Pero estás bien?

—Sí, sí, no te preocupes. Es solo que necesito arreglar un par de cosas, ¿te veo mañana? —pregunto cambiando el tono.

—Claro, Menita. Cuídate.

—Y tú, bombón.

—¡Helado!

Nos reímos y colgamos. Siempre le llamo bombón recordando a cuando me lo llamó él al conocernos. Desde entonces nos decimos esta tontería, aunque, la verdad, he olvidado la razón.

Introduzco la contraseña y mientras termina de encenderse observo la pantalla. Qué lento que es esto cuando tienes prisa...

Y ahí está; un montón de notificaciones empiezan a sonar. Ignoro las de *Facebook*, *Instagram*, etc, y me centro en todos los *Whatsapp* y las dos llamadas perdidas que veo en los simbolitos del móvil.

Me da un vuelco el corazón cuando los abro. Una es de Gael y la otra de Carmen. Me fijo en la hora. Son de hace unos treinta minutos. Marco, pero me salta el buzón. Investigo los *Whatsapp* y descubro que tengo un mensaje de Carmen.

«Voy para tu casa».

Nada más...

Me meto en el chat que tengo con Itziar para avisarla justo cuando escucho el telefonillo.

Dejo el móvil y me lanzo a abrir la puerta. ¿Será ella? Qué poco ha tardado.

Coco maúlla en la cocina, como si supiera quién es.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Abro.

Tiene la voz tomada. Ha estado llorando seguro, y yo con el móvil apagado. Seré gilipollas.

Cojo al gatito para que no se me escape y abro la puerta de casa. La veo subir las escaleras con prisa y casi sin que me dé tiempo a procesar que ya está frente a mí, se lanza a mis brazos y se echa a llorar.

V

Llevamos un par de minutos sin movernos abrazadas en el rellano de la escalera. Ni siquiera *Coco* se mueve, y eso que le estamos espachurrando entre las dos.

Carmen llora entre mis brazos y no sé qué hacer para calmarla, qué decir, qué preguntar. Me acojona verla así, porque aunque desde que nos conocemos hemos tenido muchos momentos de bajón, la verdad es que ella siempre ha sido más fuerte que yo. Por eso me asusta..., pero más miedo me da el no saber ayudarla, no ser capaz de hacer que deje de llorar, de meterla para dentro, decirle tres tonterías de las mías para que se descojone y que se pase todo.

Está claro que algo ha cambiado en ella, pero no de ayer a hoy. Algo le ha hecho cambiar desde que Tobías apareció en su vida. Como paso de que los vecinos cotilleen más de la cuenta a mi costa pruebo con una de las cosas que mi madre siempre me decía.

—Menchu, nena, —susurro mientras ejerzo un poco de presión—. ¿Entramos en casa y te preparo un vaso de leche calentita?

Noto como ella asiente, pero no me suelta, al revés, me aprieta más fuerte. Se me parte el alma. Afianzo mi agarre y entro en casa sujetando a *Coco* con un brazo y a Carmen con el otro. Consigo cerrar la puerta a duras penas con el pie y mantengo la misma posición de la escalera en el pasillo.

—Necesito que me digas qué te pasa, cariño. Así no puedo ayudarte —sigo susurrando, como temiendo romper el momento. No quiero que se asuste y desconfíe de mí o algo por el estilo.

Se separa un poquito y vuelve a asentir. Dejo que *Coco* se baje de mi regazo y lo que hace es enroscarse en las piernas de Carmen, maullando, como si supiera que lo único que necesita mi mejor amiga en este momento es cariño.

—¿Quieres la leche, prefieres un té...?

—No...

—¿Agua? —Niega con la cabeza—. Ven, vamos al sofá, anda.

La cojo de la mano y disimuladamente la miro de arriba abajo, necesito ver que no está herida, pero aparte de la cara hinchada por haber estado llorando no parece que le pase nada más, a simple vista claro. Tiro de ella hacia el salón y camino en silencio. No quiero presionarla, no quiero preguntarle nada todavía. Al igual que pasó ayer, tiene que ser ella la que dé el primer paso.

Se sienta, *Coco* se sube al sofá y se acurruca a su lado. Aunque ha dicho que no, decido ir un momento a la cocina y coger la botella de agua de la nevera y un par de vasos.

Me siento a su lado y sirvo. Ella me mira mientras noto como poco a poco se calma. Pasa las palmas de su mano por la cara para secarse las lágrimas; temo que se corra el rímel y de repente parezca el *Ecce Hommo* de Borja, pero Carmen utiliza un *water proff* de los caros.

—Gracias —dice mientras finalmente bebe un poco de agua..

—No hay de qué...

Nos mantenemos en silencio. Cojo de nuevo su mano, la acaricio.

Me da por pensar que quizá haya descuidado un poco nuestra amistad, que a lo mejor, al haber conocido a Rodrigo, a Silvestre y al resto de los chicos, hemos perdido nuestra esencia como amigas... pero enseguida niego mentalmente. «Me estoy emparanoiando».

Intento dejar de fustigarme, de imaginarme cosas y de echarme la culpa por no haber estado más pendiente de mi amiga.

—Perdona por el numerito que he montado... —deja colgada la frase en el aire; niego como una loca.

—No tienes que pedirme perdón, Carmen. Tan solo... cálmate y dime qué ha pasado. Nos tenías muy preocupadas.

—¿Itzi?

—Claro.

—Joder...

Alarga el brazo y con mano temblorosa coge el vaso de agua. Lo vacía casi sin respirar.

—A ver por dónde empiezo.

—Ayer, cuando te fuiste de aquí, fuiste a tu casa. Itziar me dijo que pasasteis la noche juntas, que visteis una peli y que te acostaste. Y que cuando ella se ha ido a la universidad, tú dormías —resumo todo lo que me ha

contado Itzi para darle pie a que continúe desde ahí.

—Ayer, mientras estaba en tu casa, recibí un mensaje de uno de los chicos con los que estoy en contacto. Llevaba queriendo quedar con él desde hacía días, pero entre unas cosas y otras no habíamos podido. En el mensaje me puso que quería verme hoy por fin, y me puso una dirección. No me lo pensé mucho, le contesté que sí y apagué el móvil. Me centré en Itzi, le confesé a ella también todo lo de Tobías. —Para un momento de hablar mientras se centra en acariciar al gatito, que sigue acurrucado a su lado—. He pasado la noche en mi cama, sola. Me sentí muy extraña, como si de repente no fuera yo, como si me estuviera viendo desde fuera con ese bajón anímico y no me reconociera. Así que decidí que, para quitarme ese malestar, lo que tenía que hacer era ir a la cita con este chico y meterle un buen meneo. Le llamé directamente para vernos después de comer. Estuve toda la mañana desconectada, avisé a un cliente para decirle que estaba indisputa y concerté cita para otro día. Me fui a la peluquería, me hice las uñas, comí en Ginger, todo sola, pensando...

—¿Por qué no me llamaste? —pregunto frunciendo el ceño.

—Tenías la entrevista, Mena. Lo que menos necesitabas es que empezara a rayarte con mis cosas. No te quería distraer en un momento tan importante para ti. —Asiento y dejo que siga hablando, ya hablaré cuando termine de contar toda la historia—. Durante toda la mañana he intentado no pensar en lo de ayer; me he prometido a mí misma dejar de lado a Tobías. La cagué con él y lo tengo que asumir. Pero ha sido inútil. —Empieza a temblarle la barbilla y las lágrimas vuelven a rodar por sus mejillas—. La forma en que se movía ayer, el sentimiento con el que bailaba, la conversación contigo, la charla con Itzi... He estado toda la mañana pensando en los errores que he cometido.

—Lo siento —contesto en voz baja antes de abrazarla.

Ella me aprieta fuerte y suspira.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti. —Nos separamos con una sonrisa en la cara—. Joder... qué momento más moñas, ¿no? —digo intentando descargar un poco esta esfera de pura melancolía que nos invade.

Ella me empuja el hombro y sonrío. Bien. Acaba de cambiar el ambiente casi de manera radical. Vamos por buen camino.

—El caso es que quedé con este chico en un bar del centro, pero

cuando entré y le vi...

—¿Qué pasó? —Mi nivel de preocupación acaba de aumentar hasta el infinito, pero ella me hace una señal con la mano para que me tranquilice.

—He estado hablando con él durante más de un mes, correo arriba correo abajo, intercambio de fotos, de móviles, en fin... Antes de ayer tenía muchas ganas de quedar con él, sí, pero cuando le he visto me he dado cuenta de que da igual con cuantos tíos me acueste, repita o no... Ninguno es Tobías. —Para de nuevo y coge aire antes de soltarlo despacio, como si quisiera ganar tiempo—. Aún así me he acercado hasta la barra, me he dejado invitar a un café, he intentado que surgiera la chispa, pero nada, no ha habido forma de avanzar, así que le he dicho que lo sentía, pero que me iba.

No la interrumpo, escucho atenta su explicación, pero la posibilidad de que le hubiera pasado algo malo a mi amiga me corta el cuerpo.

—Me ha cogido del brazo y me ha increpado un poco.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? ¿Has llamado a la policía?

—No, no, tranquila. —Toma aire para volver a calmarse—. Ha sido solo un momento; estábamos en un sitio público y no quería llamar la atención. Pero me he asustado y ha sido como un golpe de realidad. No sé qué he hecho, no sé... no sé qué mosca me ha picado ni porqué me he comportado así. ¿Soy una ninfómana por no pensar más que en sexo estos meses? ¿Una gilipollas que no sabe reconocer sus sentimientos? ¿Una cobarde?

—¡Eh, eh! —digo frenando su monólogo autodestructivo—. Para. Eso no te beneficia en nada.

—No me reconozco, Mena. ¡He puesto hasta mi trabajo en peligro con mi actitud kamikaze!

—Pero empezar a martirizarte ahora es absurdo, cariño. Has pasado por una mala racha, sí, Pero todos tenemos derecho a cometer errores, a darnos cuenta y a poner soluciones. Así que deja de lado esa actitud y vamos a intentar poner solución a todo lo que ha pasado estos meses.

Observo cómo toma aire, cierra los ojos y se deja caer hacia atrás en el sofá. Sigue con el rictus serio.

—¿Seguro que no te ha hecho nada?

—No. Solo me ha insultado, nada más... Supongo que le habré dejado con un calentón de órdago porque llevábamos días mandándonos unos mensajes...

—Ya. Subiditos de tono, ¿no?

—Lo siguiente. Eran muy cerdos. Hasta tú te escandalizarías.

—Ufff. No sé yo si eso es posible, que yo también tengo mi lado sexual oscuro.

—Mena, llevas bragas de dibujos animados.

—¿Yyyyy? ¿Cuál es el problema? —La miro con falsa indignación—. El encaje me pica.

Se ríe. Se ríe con ganas, una carcajada que le sale de lo más hondo y que me contagia. Cuando nos calmamos se llena otra vez el vaso de agua y bebe. La imito.

—El caso es que la he cagado, Mena. La he cagado pero bien. Y ahora... ¿Ahora qué? ¿Por dónde empiezo a poner remedio?

Yo sonrío, palmeo su rodilla y me levanto a coger el móvil que he dejado enchufado en la mesa del salón.

—A eso sí que te puedo ayudar. Lo primero que vas a hacer es llamar a tu hermana. Esta histérica. Yo voy a decirle a Rodri que hoy no hay llamada por *skype*, que te quedas conmigo.

—¿Me quedo contigo? —pregunta con el ceño fruncido.

—*Sep*. Nos vamos a hacer una pizza, unas palomitas y a ver *Dirty Dancing* por trigésima sexta vez. No vamos a hablar de chicos, y mañana con las cabezas despejadas pensamos en qué hacer.

—Mena, no tienes porqué...

—Déjame hacer, déjame cuidarte. —Observo cómo ella asiente y se acurruca en el sofá—. Voy a traerte algo cómodo de ropa mientras preparo la cena.

—Al final te voy a dejar sin ropa.

—Nah... si me quedo sin ropa cojo la de Rodri, no hay problema.

Sonríe de nuevo, los corazones se nos aligeran un poco y nos centramos en nosotras, en este momento juntas.

Estoy preparando café con tostadas de desayuno.

Carmen sigue dormida. Ha sido una noche... extraña. He dormido con ella en la cama de matrimonio y ha tenido un sueño intranquilo. Y yo estaba más pendiente de ella que de mí, así que he dormido fatal.

Mientras se calientan las tostadas, pongo en el cuenco la comida para *Coco* y cuando se acerca me agacho para acariciarle detrás de la orejita.

—Buen chico —susurro.

—Buenos días —dice Carmen detrás de mí. Su melena está enmarañada y se frota los ojos con ganas. Ayer no nos desmaquillamos y ahora sí que parece que se le ha corrido el rímel. ¡Qué cabrona! Aun así está espectacular.

—Hola, dormilona, ¿cómo estás? —pregunto mientras me acerco y la abrazo.

—No te acerques mucho que debo de oler a choto.

Hago una señal como espantando el aire exageradamente y le señalo las tazas ofreciendo tomarnos el desayuno ahí mismo. Ella asiente y se lanza a la suya. Tras un buen trago, sonrío.

—Ahhh, ahora sí. Buenos días, Mena.

—¡Buenos días! —grito para despertarla del todo mientras revuelvo aún más su pelo.

—¡Quita, bicho! —responde dándome en el brazo para apartarse. Nos reímos—. Muchas gracias, por todo.

—De nada, bonita. Tenía que haberte ayudado mucho antes... y mucho más.

Nos miramos en silencio, con toda nuestra verdad, siendo conscientes de los errores de cada una. El mío no haberme dado cuenta antes de que algo raro pasaba, el suyo no haber confiado en mí cuando pasó lo que pasó.

Pero aquí no vale echarnos la culpa. Aquí lo que cuenta es que tenemos que poner solución y cura.

Estoy sacando las tostadas cuando suena el telefonillo. Carmen se queda terminando el desayuno mientras voy a abrir.

—Es tu hermana —aviso mientras abro abajo y me asomo a la mirilla. Antes de que llame al timbre quito el cerrojo y abro de par en par la puerta. Me inclino para darle un beso pero pasa de mí y entra derecha en la cocina como un vendaval, sin darme los buenos días, y se abraza a su hermana. Es lógico, ayer lo pasó fatal.

Cierro la puerta y me quedo en el pasillo dejando espacio a las dos hermanas mientras se susurran sus cosas, cuando veo que ya se han separado un poco, entro yo también para poder disfrutar de mi taza de café.

—Oye, —digo para romper la intensidad del momento—, ¿y vosotras no tenéis que trabajar o estudiar o algo? Porque yo estoy sin curro, pero vosotras...

—Yo he quedado a las doce de la mañana con un cliente. Es pronto

todavía.

—Yo hoy no voy a clase. Brais viene a Madrid y he quedado con él —
suelta Itzi de golpe, sin respirar y sin mirarnos.

—¿¡Brais!?! —decimos Carmen y yo a la vez.

—Sí... —Se pone roja como un tomate y Carmen y yo la abrazamos
entre las dos mientras hacemos voces ñoñas. Itziar nos aparta a manotazos y
nos pide que paremos, pero nos encanta meternos con ella—. No os pongáis
pesaditas si lo veis que nos conocemos.

—¿¡Nosotraaaaas!?! —decimos las dos a la vez antes de empezar a
reír.

—Sois unas brujas —nos dice intentando mantener una pose seria.
Pero sabemos que va a ser imposible porque las dos estamos poniendo caras y
haciendo el *monguer* para hacerle rabiar—. ¿Y vosotras sois las maduras y
responsables, no?

Nos volvemos a reír antes de hacernos cargo de nuevo del desayuno.

—Ten cuidado bombón, que me parece que Brais te da mil vueltas en
cuestiones amorias —le digo al acordarme de Nat y de cómo estuvieron
aquí.

Ella nos mira alternativamente, suspira mientras hace un gesto de
derrota con los brazos, como dejándonos por imposible... no entiendo por
qué, la verdad.

—Bueno, ya veo que estás bien, me voy que llego tarde.

Nos da un solo beso en la mejilla a cada una, se termina el café de
Carmen de un trago y se va igual que ha venido, como las locas de la colina.

—Es puro nervio... —digo tras escuchar la puerta cerrarse de un
portazo. Cojo la taza vacía de Carmen y la vuelvo a llenar de café antes de
dársela de nuevo.

—Y espero que no cambie nunca. La adoro.

—Lo sé.

Y es que Carmen e Itziar han estado solas contra el mundo durante
demasiado tiempo. Solo se tienen la una a la otra... Bueno, y a un montón de
familia lejana que está pendiente de ellas. Y a un montón de amigos.

—¿Entonces? ¿Qué tal la entrevista de ayer? —me pregunta mientras
coge la botella de leche para ponerse en el café.

—Ayyyyy, Menchu. Necesito ese trabajo. —Empiezo a untar las
tostadas de mantequilla y le ofrezco la primera—. Mar, la chica que me hizo la

entrevista, me dio muy buen rollo. Desprende una seguridad al hablar, un magnetismo tan especial... No sé, es como si todas las señales estuvieran apuntando en esa dirección. Ahora trabajar con ellos se ha convertido en una prioridad. ¡Conocía a Rodri! ¡Tiene su disco! ¿Lo puedes creer? ¿Qué más señal hay que esa? No es como decir «soy megafan de Manu Carrasco», no. Es fan de Rodrigo Díaz. ¡Mi Rodri!

—¡Qué fuerte, Mena! —exclama sorprendida—. Espero que lo consigas, lo mereces.

—Gracias. —Sonrío exageradamente y tras unos segundos en silencio saboreando el desayuno me decido a preguntar por su estado de ánimo—. ¿Cómo estás?

—Como si me hubiera pasado un camión cisterna tres veces por encima, más o menos. Y luego hubiera dado media vuelta y hubiera pasado otras tres veces más.

—Ya...

—Sigo sin saber qué hacer con toda esta situación.

—¿Me aceptas un consejo?

—Sí, por supuesto.

—Vuelve.

—¿Cómo que vuelva?

—Vuelve a ser tú, Carmen. Haz las paces contigo —digo mientras la cojo de la mano y la miro fijamente a los ojos—. Y, sobre todo, sé sincera contigo misma. ¿Por qué huiste? —pregunto en un intento de ayudarla a poner en orden esos sentimientos que la tienen tan confundida.

—Tuve miedo.

—¿De qué? ¿Por qué?

—¿Al compromiso? —dice a modo de pregunta—. No sé, Mena, supongo que me asusté porque quise quedarme. Porque me encontré a gusto allí.

—Porque con él no fue solo sexo. No fue un polvo —añado.

—No, no lo fue. En lo más profundo de mi alma quise que esa escena se repitiera muchas veces durante muchos años. Me vi despertando a su lado, me vi abrazándolo, besando sus labios, acariciando su piel...

—Yo lo que no entiendo es qué es lo que te hizo tener tanto miedo.

—No sé si fue miedo o indecisión. Dudé de si quedándome hacía lo correcto. ¿Me apetecía de verdad dejar mi soltería antes de atarme a una

persona? ¿Quería sentar la cabeza? No lo sabía, así que me dejé llevar, sin más.

—¿Y qué es lo que te hizo no venir a mí en cuanto saliste de esa casa? Yo te hubiera ayudado.

—Uy, créeme que lo sé. Tú me hubieras ayudado un montón, me hubieras convencido para que le diera una oportunidad. Hubieras empezado a hacer planes de parejas y a mí me hubieran dado ganas de vomitar.

—¿Eres gilipollas?

—Quizá...

—Te hubiera escuchado, sin más, tía. Siempre lo he hecho. —Veo cómo encoge los hombros y me centro en intentar no echar nada en cara—. Bueno, aprendamos de las cosas. Ahora, hoy por hoy, ¿qué es lo que quieres?

—Hacer las paces con Tobías.

—¡Toma ya! —exclamo emocionada—. No te lo has pensado mucho.

—Al revés, no dejo de pensarlo desde antes de ayer. Creo que es lo único que tengo claro. Necesito que Tobías me perdone. Necesito volver a estar en paz conmigo misma. Y sobre todo necesito estar en la misma habitación sin que uno de los dos salga corriendo.

—Pues para eso necesitamos un plan...

—Me asustas cuando pones esa cara.

—¿Cara? ¿Qué cara?

—Esa de Hannibal del *Equipo A* con puro en la boca incluido.

—Pero qué imbécil que eres —digo con una sonrisa bailando en mis labios, contenta de ver a Carmen sin esa sombra de pesar en su rostro.

Me asomo por enésima vez a la puerta de la habitación antes de irme para asegurarme de que *Coco* se queda bien. Sigue durmiendo, así que compruebo que los cuencos de agua y comida están llenos y cierro la puerta con cuidado de no despertarlo.

Hace ya un buen rato que Carmen se ha ido a trabajar, pero hemos quedado en hablar por la tarde, después de su jornada laboral de hoy, para juntarnos con Silvestre, y probablemente con Gael y Edu, y tomarnos algo por ahí. Es jueves, hace un poquito menos de frío y en el centro siempre hay ambientazo. Salen los universitarios y todo se pone hasta la bandera.

Le he dicho que para empezar a reencontrarse con ella misma teníamos que recuperar las buenas costumbres, y también debía superar el

miedo a encontrarse con Tobías. Me ha dado la razón, y la he visto bastante decidida a empezar a poner remedio a los problemas. Por eso, cuando le he dicho que había quedado con Rodri para grabar a los chicos en directo mientras le enseñaban la coreo que han montado, no se lo ha pensado y se ha apuntado.

Observo la agenda que hice con las notas de Rodrigo que descansa en la mesa del salón y cojo aire. Cada vez que pienso lo poquito que queda para que vuelva a casa, cada vez que le imagino entrando por la puerta, se me encoge el estómago. En tres días le veré de nuevo. Le oleré, le sentiré... ¡En tres días follaré de nuevo!

«Qué ganas... ¡Qué putas ganas!».

Cojo el bolso y miro el teléfono. Cada hora que pasa y no recibo ninguna llamada de un número desconocido diciendo que estoy contratada me vengo un poquito abajo. Pintaba tan bien... Era un sitio tan ideal... iba a trabajar tanto...

Suspiro con cierto pesar, pero sonrío. La mala racha terminó. Todo volverá a la normalidad. Rodrigo en casa, Carmen asumiendo sus sentimientos y yo afrontando mi nueva realidad... espero que con trabajo nuevo. Sería jodidamente perfecto.

Cojo una de las bolsitas de chuches de la estantería y me meto dos cocacolas en la boca antes de dar un último repaso a la casa. Descuelgo el plumas del perchero y cierro echando la llave.

Desde que me quedé sin mi coche amarillo canario, por un siniestro total por culpa de un idiota borracho, voy andando a casi todas partes. Ni pienso ahora mismo en comprarme otro coche, antes debo centrarme en encontrar un trabajo porque si no me llaman los de la productora poco voy a poder hacer.

Me paro en el portal y me doy cuenta de que con todo lo que ha pasado se me ha olvidado por completo quitar el cartelito de «gato perdido». Lo arranco de la pared, hago una bola y meto el papel en el bolso.

Coco es mío.

—Bueno, yo creo que está todo listo —anuncio dando la vuelta al portátil del local para que Rodrigo pueda ver la coreo completa y en directo—. El lunes ya estará aquí y lo verá por sus propios medios, pero si no hacemos esto es capaz de coger una lancha motora y atravesar todo el Pacífico.

—Qué exagerada que eres, cariño. ¡Hola chicos!

—¡Hola, Rodrigo! —saluda todo el grupo a la vez. Están divinos. Chicos y chicas se han vestido de la misma forma, pelos recogidos, de riguroso negro, y están en formación desde hace un rato.

—Ya sé que tendríamos que haber hecho esto antes, pero queríamos enseñarte el resultado final —dice Silvestre mientras se pone en primer plano con una cara de niño en Navidad que no puede con ella.

El orgullo que siente por Rodrigo traspasa la pantalla. Se adoran, más allá de haber tenido una relación amorosa de idas y venidas, sienten admiración mutua.

Que Rodrigo haya confiado en él para asociarse y encargarse de llevar la escuela en su ausencia no ha hecho más que afianzar esa amistad, hasta convertirla en algo mucho más sólido. Son como hermanos. Y yo estoy feliz de estar entre medias de estos dos... La imagen de sándwich de Mena entre ellos vuelve a asaltar mi mente de una manera muy inoportuna. Carraspeo para quitarme la sensación de que me han pillado pensando guarrerías y sonrío.

—Bueno, ¿nos ponemos manos a la obra? —pregunto mientras doy una palmada para centrarme y dejar de imaginarme cosas.

—Sí, por favor, estoy deseando veros —dice Rodri.

—¡Pues vamos allá! —exclama Silvestre mientras le da al *play*.

Los primeros acordes del *single* de Rodrigo empiezan a sonar. Observo la pantalla, su boca parece un buzón de correos. Más o menos como la mía. ¡Qué callado se lo tenían! ¡Qué puntazo!

Miro a Silver; me guiña un ojo. Por eso tenía esa cara de bichillo. Factor sorpresa conseguido.

Mi chico está superemocionado, no deja de mirar embelesado la escena. Y a mí se me humedecen los ojos porque sé lo que significa esto para él.

Todos empiezan a ejecutar paso a paso de una manera impecable. Gael, Edu, Sole, Juan, David, Tobías, y el resto del grupo nuevo de los que apenas recuerdo los nombres porque soy un puto desastre. Es una balada preciosa y le están poniendo tanto sentimiento, lo están haciendo tan bonito, escuchar la voz de Rodrigo por los altavoces de la sala a todo volumen es tan mágico, que al final me pongo a llorar.

Noto la vibración del móvil en el bolsillo trasero del pantalón, pero no le hago ni caso. Es un momento demasiado especial como para

interrumpirlo ahora.

Cada estrofa cantada, en cuya composición formé parte de alguna manera, se plasma en cada movimiento del grupo, cada desplazamiento por la tarima... Verlos bailar es una maravilla y me arroja el presentimiento de que estos chicos darán mucho que hablar cuando se presenten al concurso.

La música termina y vuelvo a fijarme en mi chico en la pantalla del ordenador. Está llorando y se sujeta la cara con ambas manos. Qué *guapazo* que está, todo emocionado, sin cortarse un pelo por demostrar sus sentimientos.

—Me muero por abrazaros a todos y cada uno de vosotros —suelta con un ligero temblor en la voz.

—Ya no queda nada para vernos. ¡El lunes prepárate para la pedazo de bienvenida que te vamos a dar! —grita Gael mientras recupera el aliento tras el esfuerzo físico.

—¡Pero cállate, que se suponía que era sorpresa! —le recrimina Edu.

—A mí nadie me ha dicho que tenía que callarme —intenta defenderse.

—Porque es pura lógica, Gael —dice Tobías, me mira de reojo y se va a la otra punta de la sala de ensayo a coger una toalla. Después de haber hablado con Carmen esta mañana me da un poquito de ansiedad pensar en su situación, me gustaría tanto que se solucionaran las cosas...

—Chicos, que no pasa nada —contesta el aludido desde la pantalla. Me acerco a la cámara y le sonrío.

—Ha sido una pasada. —Me muerdo el labio mientras le miro de cerca.

—¿Tú lo sabías? —El tono de voz es casi un susurro y yo le imito al responderle.

—No tenía ni idea. Cada vez que he venido a verles han ensayado otras cosas. Pero he estado tan desconectada, que no me extraña que les haya resultado tan fácil guardar el secreto.

Vuelve a vibrar el móvil y esta vez sí que lo saco del bolsillo.

Veo que hay dos llamadas perdidas y que un número que no conozco aparece en la pantalla, descuelgo con el ceño fruncido.

—¿Diga?

—Hola, buenas tardes, ¿Jimena?

—Sí, soy yo.

—Soy Mar, estuvimos haciendo ayer la entrevista...

El estómago empieza a centrifugar sin mi consentimiento, la garganta

se me seca y un molesto pitido se me ha instalado en los oídos.

—Perdón por no haber cogido antes el teléfono.

—No te preocupes. Iba a seguir insistiendo.

Río de una manera estridente, veo que Rodrigo me mira, extrañado por mi repentino histerismo, como esperando una reacción por mi parte que le dé una respuesta. Yo empiezo a señalar el móvil y a vocalizar exageradamente, pero no sé si estoy dando pie con bola, la verdad.

—Ya sé que te dije que yo no llamaría, pero... el caso es que tras terminar todas las entrevistas, hemos decidido contar con tu experiencia, y me moría por ser yo quien te diera la noticia. Te queremos con nosotros, Jimena.

—¿¡Sí!?

—Sí —ríe—. ¿Podrás empezar el lunes?

—¡Claro que puedo empezar el lunes! —chillo y empiezo a dar saltos. Todos me miran, Rodri me mira, Carmen me mira.

Un momento.

«¿Cuándo ha llegado Carmen?».

Mi mente colapsa con toda la información de vital importancia que está recibiendo. Rodrigo desde el ordenador dando botes, Silvestre corriendo hacia mí, todos mirándome emocionados, Carmen mirando a Tobías desde la puerta, Tobías de espaldas a la puerta sin darse cuenta de que Carmen le está mirando, yo con el corazón en la boca, Mar gritando en el móvil mi nombre.

«¿Mar gritando mi nombre? ¡Joder!».

—¡Perdón! —digo rápidamente—. Estoy aquí, estoy aquí, es que me has dejado... flipando, Mar. ¡Estoy flipando! —oigo su risa.

—Me hago a la idea, tranquila. ¿Te parece bien quedar mañana a media mañana para firmar el contrato y darte los detalles?

—Por supuesto, ¿a las doce está bien?

—A las doce es perfecto.

—Pues allí nos vemos.

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Miro la pantalla... Y grito. Pego un salto que Silvestre intercepta y me abraza antes de empezar a darme vueltas.

—¡Tengo trabajo! —digo riendo mientras observo como Rodrigo hace un baile de la victoria absurdo. Me lo como—. ¡Carmen, tengo trabajo! —grito haciendo partícipe a mi amiga recién llegada.

Tobías se gira, los demás la saludan y ella levanta la mano tímidamente, pero sin dejar de mirar a Tobías. Éste tira la toalla al suelo y encamina sus pasos hacia la puerta. Pasa al lado de Carmen, pero ni siquiera la mira.

Estoy enganchada a Silver como si fuera un koala y sin perder de vista la escena. Él también está observando sin perder detalle.

—¡Tobías! —llamo mientras me bajo de mi amigo y me aliso la camiseta. Él se gira antes de salir quedando justo detrás de Carmen—. ¿Te apuntas a tomar unas cervezas? Yo invito.

—No voy a poder, lo siento. Enhorabuena por el trabajo.

Me hace un gesto de disculpa y se va sin más. No sin antes quedarse un segundo de más mirando el culo de mi amiga. «¡¡Ja!! Te tengo Tobii!!».

Carmen no se ha movido ni medio milímetro y me está mirando con cara de gato de *Shreck*. Mi niña...

Le hago una señal para que se acerque a nosotros y ella camina hacia la mesa donde estamos con el ordenador.

—¡Jimmy! —grita Rodrigo desde la pantalla para hacerse notar—. ¡Lo has conseguido!

Yo me acerco a la pantalla. Ojalá estuviera aquí. Me muero por abrazarlo.

—No me lo puedo creer, Rodri...

—Yo sí. No tenía ninguna duda de que te elegirían.

Los dos nos quedamos prendados un momento, pero todos han empezado a hablar de mil cosas a nuestro alrededor y es imposible prestarnos atención.

—Te dejo celebrarlo tranquilamente, ya hablamos mañana. En veinte minutos grabamos la última escena, ¡y seré libre!

—Mucha suerte con ella, Rodri. Te quiero.

—Y yo a ti, pequeño desastre.

Colgamos, cierro la tapa del portátil.

—Bueno, ¿quién se apunta a una cerveza? Que hoy invito a la primera ronda.

Todos me vitorean y yo empiezo a hacer el baile de la victoria, el de Carlton en *El Príncipe de Bel Air*.

Tengo la adrenalina galopando por mis venas. ¡Qué *momentazo* acabo de vivir, madre mía! Me cojo de la mano de Carmen y tiro de ella para abrazarla.

—¿Estás bien? —susurro en su oído.

—No.

La aprieto fuerte mientras observo cómo Silvestre me hace señas. Va a salir a hablar con Tobías. Ojalá le haga cambiar de idea.

—Pues que sepas que te ha mirado el culo.

VI

Tengo unos amigos que valen un potosí. Ayer, entre risas, celebraciones por mi contrato y confesiones a media voz, Carmen y Silver quedaron en cubrirme los trayectos hasta las oficinas de la productora; está bastante lejos y en transporte público tardaría media vida. Silver quedó en llevarme hasta allí y Carmen en recogerme. Una gozada, ¿que no? Ahora sí que debo pensar lo del coche, porque me voy a tener que desplazar a menudo y no es plan de tirar de amigos o de novio cada dos por tres.

Estoy hablando con Silvestre mientras nos tomamos un café con media barrita de pan y aceite en el bar que hay al lado de la productora.

Llevamos cerca de una hora dando vueltas a todo lo que pasó ayer, lo que Carmen nos contó entre caña y caña, lo que éste habló con Tobías, y que no le dijo a Carmen por no hurgar en la herida, lo que siente aún por ella, lo que ella siente por él...

¡Vaya par de alcahuetas que nos hemos juntado!

Apuro el café y pido un vaso de agua. Me gusta el sitio, tomo nota mental para venir aquí más veces, me llena de... paz.

—¿Me traes la cuenta, por favor? —escucho decir a Silver, voy rauda a coger la cartera del bolso, pero él me intercepta la mano—. Invito yo, princesa guerrera.

Le sonrío y le guiño un ojo.

—Gracias, bombón.

—De nada, me voy ya, que tengo que abrir el local.

—¿Quiénes vais a estar?

—Todos. Tenemos que ensayar un montón.

Silver se da media vuelta para pagar a la camarera y yo sonrío de medio lado enseñando dentadura. Se me está ocurriendo...

—¿Por qué se te ha puesto esa cara de bruja? —pregunta mi amigo mientras recoge las vueltas.

—¿Cómo sabes que tengo cara de bruja si no me estás mirando? —

digo en tono sarcástico.

—Porque tengo una visión periférica de la hostia.

No puedo hacer otra cosa que reírme por la tontería. Me pongo la cazadora y me coloco el bolso.

—Solo estaba pensando en que, como Carmen viene a buscarme, a lo mejor puedo convencerla para que se venga conmigo a veros. —Él me mira con cara de estar pensando maldades.

—Hmmm... —dice sonriendo de la misma manera que yo—. Mándame un *whatsapp*, ¿vale? Quiero asegurarme de que le ve bailar una canción.

—¿La que baila con Sole?

—No. Está preparando un solo. Yo le estoy ayudando... Y es brutal. Quizá si mientras lo está bailando la ve...

—Espero que esta vez por lo menos no salga corriendo como ayer.

—Estoy convencido de que ese momento va a ser especial para los dos.

—¡Luego dices que yo soy la bruja!

Mar me ha llevado a una salita pequeña y muy coqueta que está cerca de la entrada. Quería hacerle un montón de preguntas, pero me ha dejado sola, con el contrato en la mesa, para que lo lea tranquila antes de firmar. Ahí viene toda la información, salario bruto anual, disponibilidad horaria, pluses, dietas en caso de necesitarlas. Intento leerlo todo enterándome de lo que voy a firmar, pero es imposible. Estoy muy nerviosa, ¡y quiero trabajar ya!

No lo pienso más, puede que luego me arrepienta, pero cojo el boli y el contrato y tomo aire.

Firmo. Ya está hecho.

Salgo de la habitación y veo a Mar al lado de la puerta, esperándome.

Sonrío y le entrego el contrato.

—Bienvenida a Photo Media, Jimena.

—Llámame Mena, por favor.

—De acuerdo. Bienvenida, Mena.

—¿Entonces el lunes...?

—El lunes te espero aquí a las nueve de la mañana. —Me alcanza un par de papeles con horarios—. De momento vas a encargarte de maquillar a los del magazine de la mañana y luego cubrirás distintos eventos. Ahí tienes los

horarios de las dos próximas semanas. Todo es susceptible de cambios de última hora, ya sabes como va esto.

—Sí, ya sé...

—Pero ya lo iremos viendo. Me puedes llamar a cualquier hora si tienes alguna consulta que hacerme. —Me tiende una tarjeta de visita con un diseño divino—. Este es mi número privado.

—Muchas gracias por todo. Por la confianza, por la oportunidad... por todo, en serio.

—De nada. Ahora si me permites, tengo que volver a la oficina. Te veo el lunes.

—Claro.

Me da un abrazo de nuevo y se pierde rápido por el pasillo.

Me han hecho un contrato. Estoy contratada. Voy a empezar a tener un salario fijo todos los meses... ¡Sheee!

Salgo por la puerta principal y veo a Carmen apoyada en el coche perdida en la pantalla del móvil.

—¡Carmen! —llamo mientras me acerco a ella.

—¡Hola! —saluda guardando rápidamente el móvil y centrándose en mí—. ¿Ya está? ¿Ya eres una esclava laboral?

—¡Lo soy!

Me abraza y me levanta un poco del sitio. La veo de buen humor, así que aprovecho.

—Estaba pensando... ¿Te puedes escapar hoy también del trabajo?

—Hasta la tarde estoy libre, ¿por? ¿Qué propones?

—Tengo que pasarme por casa para echar un ojo a *Coco* y luego he quedado en ir de nuevo a la academia.

—Pfff, no sé, Mena, después de lo de ayer...

—Después de lo de ayer tendrá que acostumbrarse a verte de nuevo. Has desaparecido de su vida durante un montón de tiempo. Tampoco pretendas que el chico actúe como si no hubiera pasado nada.

—Le he escrito dos mensajes, uno ayer por la noche y otro esta mañana. No me ha contestado ninguno —dice como si fuera suficiente explicación.

—Yo tampoco te contestaría, cariño. Tiene que tener herido el orgullo.

Me mira fijamente, pero no contesta, solo tuerce el gesto y saca las llaves del bolsillo del abrigo para desbloquear el coche.

—¿Llamamos a Itzi a ver si se apunta?

—Por mí ningún problema.

Carmen, Itziar y yo hemos decidido comer algo antes de ir al local. Así que nos hemos quedado en mi casa y estamos picoteando un poco de todo mientras *Coco* intenta *gorronearnos* algo de comida.

—Así que va a dar un curso de *hip hop* durante un par de semanas y aquí se va a quedar —dice Itziar que no ha parado de hablar de Brais desde hace media hora.

—Itzi... no te emociones... —vuelve a aconsejarle Carmen antes de llevarse un trozo de pizza vegetal a la boca.

—No me emociono, aprovecho el momento que es distinto. Y tú deja de ser un muermo. —Veo cómo Carmen hace la señal de cerrarse la boca con una cremallera.

—La verdad es que tiene un viaje el chaval —añado yo para apoyar a la pobre Itzi.

—Uno detrás de otro —suelta la benjamina antes de empezar a reírse como una loca. Carmen la acompaña. Ser la hermana mayor es una putada, lo sé. Pero también sé que Carmen hace todo lo posible por no ser su conciencia.

—¿Te vienes entonces al local?

—No. He quedado otra vez con Brais.

—Dí que sí —suelto mientras recojo mi plato—. Exprímele hasta la última gota. Que no quede nada cuando vuelva a Galicia.

—Ojalá no vuelva —dice en tono soñador.

Carmen y yo nos miramos y sonreímos a sabiendas de que Itziar está atravesando un enamoramiento platónico de manual.

Estamos en la entrada de la academia esperando algo. No sé qué exactamente; supongo que alguna señal divina o algo que nos diga que ya es la hora. Pero es al revés. Soy yo la que tengo que avisar a Silver de que estamos aquí.

La miro de reojo, hoy va muy guapa, con sus pantalones ajustados imitando cuero, sus botas de tacón y la cazadora de cuero color mostaza que sabe que me encanta. Se ha dejado el pelo suelto y ondulado.

Las dos nos ponemos en marcha al mismo tiempo casi sin darnos cuenta. Abro la puerta, la dejo pasar y saco el móvil para hacerle una perdida a Silver tal y como hemos quedado al despedirnos esta mañana.

La academia está en silencio y nos miramos extrañadas mientras nos quitamos los abrigos y los dejamos en el perchero. No pasan ni dos minutos cuando empezamos a escuchar los graves de una canción muy conocida para las dos porque la verdad es que nos dio mucho juego e hicimos mucho el *gili* cuando sacaron el vídeo.

Nos miramos extrañadas, «¿Miley Cyrus?».

Abrimos la puerta de la sala de ensayo despacio y nos quedamos como dos pasmarotes al ver la escena que se nos planta delante. Tobías está en el centro, solo lleva puestos unos bóxer negros; está descalzo, con los ojos cerrados y balanceándose al compás de *Wreaking ball*. Siempre me ha gustado el tono de piel de Tobías, pero entre la luz de los halógenos y el sudor que empieza a perlar su piel parece casi irreal. No hay nadie en la sala, solo Silver cerca de la cadena de música. Él nos está mirando y me levanta el pulgar de manera triunfal al ver que todo ha salido según se había imaginado.

Quería que le viéramos bailar su solo y ahora entiendo el porqué. El significado de la letra, todo lo que expresa con sus pasos, con la sensibilidad a la hora de bailar esta pieza, son una clara declaración de amor. Tiene el alma rota, «el corazón *partió*», que diría el Sanz.

Está claro que estos chicos tienen que hablar, que se tienen que decir las verdades a la cara para luego ver si hay opción a algo, a un perdón, o a un vete a la mierda para siempre y déjame en paz.

Me giro un momento para comentar con Carmen algo sobre los abdominales de Tobías, pero Carmen no está a mi lado. Se ha adelantado un par de pasos invadiendo un poco el espacio de baile, supongo que como una polilla atraída por la luz... Por favor no le digáis que la he comparado con una polilla, no me lo perdonaría en la vida.

Tobías empieza a girar, está tan centrado en ejecutar su coreografía a la perfección que no se ha dado cuenta de que hemos entrado; estiro la mano para coger a Carmen y evitar el desastre, pero no llego a tiempo. Ambos chocan y Tobías se cae al suelo. Mi cara es de circunstancias, miro a Silver que está tapándose los ojos en señal de derrota. «Mierda».

Carmen estira el brazo para ayudarle a levantarse. Tobías no la acepta; se apoya de lado y se incorpora.

—Lo siento —murmura Carmen. Pero él no contesta, se limita a negar con gesto de incredulidad, dar media vuelta y largarse de allí.

Silvestre se une a nosotras y los tres miramos por donde acaba de

salir.

—No me va a perdonar en la vida.

—Seguro que sí, dale un poco de tiempo —intenta animar Silver.

—Lo sé. Lo único que quiero es pedirle perdón, pero así... poco perdón voy a conseguir por su parte. No es capaz ni de mirarme a la cara.

—Cariño, acabas de fastidiarle la coreografía, ¿cómo quieres que se ponga? —Le doy un codazo a Silver por ser tan burro y me centro en mi amiga.

—Eh, nada de venirse abajo. Estoy convencida de que acabarás pidiéndole perdón y de que él conseguirá perdonarte.

—Sí claro, y seremos felices y comeremos perdices. Como en *Putanieves y el príncipe* que dirían en *Pretty Woman*...

—Eso ya no lo sé. De lo que estoy convencida es que si quieres su perdón, lo tendrás.

Me abrazo a ella, y Silver se une al abrazo.

—Gracias por estar conmigo.

—Es lo menos que puede hacer una amiga —digo mientras le guiño un ojo.

Tengo a Silver y a Carmen en el salón de mi casa peleándose por el bol de palomitas, así que me he levantado y estoy haciendo más al mismo tiempo que le mando otro mensaje a Rodri. No sé nada de él desde que, a las seis de la tarde, me ha mandado un mensaje diciendo que estaba contando las horas para verme. Pero no entran los mensajes que le envío desde hace un buen rato y me estoy poniendo de los putos nervios. Mis amigos lo saben y por eso se han apuntado a ver una peli con la excusa de no dejarme sola. He intentado llamarle, pero me sale que está apagado o fuera de cobertura.

«Como le haya pasado algo...».

—¡Eres un gocho! —escucho a Carmen entre risas.

—¿Gocho yo? —exclama Silver—. ¿Solo por querer meter la mano en el bol de palomitas? No tienes vergüenza.

—¿Pero tú has visto la mano tan enorme que tienes?

—Haya paz, que ya voy con más palomitas —grito desde la cocina mientras vuelco el contenido de la bolsa de papel en otro cuenco.

—Quiero ver *Cincuenta Sombras* —dice Silver.

—No vamos a ver *Cincuenta Sombras*.

—¿Cómo que no? ¿Por qué no? —pregunto yo.
—Porque prometí verla con Itziar, y mi hermana es sagrada. ¿Por qué no ponemos *Dirty Dancing*?
—¿Otra vez?
—Bueno, pues *Ghost*.
—¡*Ghost* es un dramón!
—¡Pero es preciosa!
—Sí, pero también la hemos visto veinte veces desde que nos conocemos —protesta Silver—. Y no han pasado ni dos años de eso.
—¿Qué más da? —digo yo—. El caso es pasar un rato juntos antes de irnos a dormir.
—Está bien...
Pongo el DVD, reparto un bol de palomitas a cada uno y yo me siento entre ellos. *Coco* dormita en su cama colocada debajo de la ventana sin hacernos caso y yo miro el móvil de nuevo.
—¿Sigue sin dar señales? —pregunta Carmen, también preocupada.
—Sí... Espero que si hoy no tengo noticias de él, al menos mañana por la mañana tenga algún mensaje o algo. De lo contrario creo que voy a volverme loca.
—Tranquila. Que no va a haber pasado nada.
—Eso espero...

Me estoy meando.

Abro un ojo y cojo el móvil para ver que son las nueve de la mañana y sigo sin tener mensajes de Rodrigo, ni llamadas, ni nada...

Me aseguro de que estén conectados los datos, de tener suficiente batería. Nada. Está todo perfecto.

La sensación de angustia me invade de nuevo. Me froto la cara y me levanto al baño. Va a ser un día muy largo.

Me ducho a la velocidad de la luz, me arreglo y me tomo un café rápido antes de salir de casa. He quedado en ir a buscar a Carmen a su casa para ir juntas al Retiro y dar una vuelta aprovechando que hoy va a salir el sol de nuevo. Así Silver y yo podremos llevar a cabo nuestro plan, un plan que trazamos ayer de madrugada a base de mensajitos de *Whatsapp* tras ver cómo estaba Menchu de mal por lo de Tobías y que estamos seguros de que va a funcionar.

Ha quedado con él a eso de las doce de la mañana y me ha dicho que sobre las doce y media estaría por la zona del Palacio de Cristal. Yo he quedado con Carmen para hacer lo mismo a la misma hora, pero, obviamente no le he contado nada. Tienen que sorprenderse los dos o Tobías podría ver que es una encerrona y enfadarse más todavía. Y eso no mola.

Vuelvo a mirar el móvil. Nada.

Suspiro de pura frustración. ¿Dónde se habrá metido Rodri? Trato de centrarme en lo que tengo que hacer, en mis amigos, y en esperar a que en Miami sea de día para empezar a preocuparme en serio.

Llego al portal de las chicas y llamo al telefonillo. Me abren y entro directa al ascensor. Está bajando, así que me ahorro el pulsar el botón y espero paciente a que llegue a mi planta. Cuando lo hace, se abre la puerta y aparece ante mí Brais. Abro la boca por la sorpresa.

—¿¡Brais!?! —exclamo.

—¡Hola, Jimena! —me sonrío de medio lado marcando hoyuelo y me quedo con cara de tonta mirándolo mientras él me da dos besos.

—¿Pero qué haces aquí?

—Bueno... Itziar... —empieza a explicar mientras se rasca la nuca en un gesto de indecisión.

—No tienes que decirme nada, tranquilo —le corto—. Te quedas unos días, ¿no?

—Sí, de momento un par de semanas.

—¿Todo bien por Galicia? —pregunto acordándome de Nat y anotando mentalmente que tengo que llamarla, que hace mucho que no sé de ella.

—Todo perfecto —contesta demasiado rápido antes de empezar su huida.

—Bueno, pues ya nos veremos por aquí —digo entrando en el cubículo mientras él me sostiene la puerta.

—¡Claro! ¡Nos vemos!

—¡Hasta luego!

Cierra la puerta del ascensor y le doy al tercer piso mientras una maquiavélica sonrisa se expande por mi cara. Me froto las manos pensando en el tercer grado que le voy a hacer a Itzi.

Entramos por la puerta de O'donnell en el parque del Retiro envueltas en

carcajadas mientras Carmen me explica lo que tuvo que aguantar durante la noche. Cuando llegó de madrugada, después de haber estado viendo la peli, los ruidos que envolvían la casa hacían presagiar una larga noche. Al final tuvo que echar mano de los tapones para los oídos para poder conciliar el sueño.

Ahora, la cara de Itziar era de lo más delatora cuando me ha abierto la puerta: el brillo en los ojos, el tono de piel, el pelo de recién follada... todo daba a entender que había tenido la mejor noche de sexo de su vida, y su hermana y testigo me estaba dando fe en ese mismo momento.

Frunzo el ceño y me paro, haciendo que Carmen me imite.

—¿Y tú? —pregunto de repente, dándome cuenta de la magnitud de todo lo que estaba pasando.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Desde que me confesaste todo no has vuelto a tener ninguna cita?

Ella se calla y la miro a los ojos. Hay determinación y firmeza en ellos.

—No he podido. He eliminado mi perfil de la página de contactos, cerré la cuenta de correo y bloqueé a los chicos a los que había dado mi número de teléfono.

La abrazo. Me siento muy orgullosa.

Me separo y la miro a los ojos antes de sujetarle la cara con las manos.

—Eres una *crack*. —Observo su gesto de sorpresa—. Sí, sí: una puta *crack*. Que hay que tenerlos cuadrados para asumir las cosas como lo has hecho. Para recular de esa forma, que tendrás que tener una marejada de sentimientos por dentro de la leche, pero por fuera das una sensación de seguridad en ti misma...

—No digas gilipolleces, anda —contesta eludiendo mi mirada con una tímida sonrisa.

—Sí lo digo, sí. Eres la caña. Y te quiero un montón.

Y la abrazo de nuevo.

Me sale solo. Supongo que estoy en pleno momento de exaltación de la amistad, que estos días sin Rodrigo me han hecho reencontrarme un poco con la Mena soltera que cuenta con Carmen para todo. Adoro su amistad, adoro la amistad con Itziar, y con Silver, y mi relación con Rodri. Todos se

complementan en mi vida y yo me siento la tía más afortunada de todo el jodido planeta.

Me mira, sorprendida por mi comentario, y me da una *cariciabofetada* en la cara.

—Yo también te quiero, *gili*.

Le devuelvo la *cariciabofetada* y seguimos el camino.

—¿Hacia dónde vamos? —me pregunta enganchándose de mi brazo.

—Hace un montón que no voy al Palacio de Cristal.

—Yo también.

—Pues damos una vuelta por allí y después nos vamos al estanque, ¿te parece?

—Me parece. —Me guiña un ojo y sonrío despreocupada.

Las tripas me dan un vuelco, espero que la coordinación con Silver sea la correcta y no tenga que estar dando vueltas por allí para hacer tiempo.

Según nos acercamos me voy poniendo más y más nerviosa. Es fácil pensar que todo va a salir bien, pero la verdad es que es mucho más probable que todo salga mal y que nos salpique de mala manera, que tanto Tobías como Carmen se cabreen con nosotros y que empeoren las cosas entre ellos y con nosotros...

«Stop».

Pero como soy una tía superpositiva y soy consciente de que muchas veces nuestros malos pensamientos llaman al mal Karma, prefiero no pensar en todo lo malo que puede pasar y centrarme en lo bueno.

Nos adentramos desde el camino de coches por el caminito de arena que baja al Palacio y empiezo a estirar el cuello en cuanto vislumbro el edificio, pero no puedo ver si ya están allí, necesito estar más cerca.

—Qué bonito es esto —dice Carmen cuando empieza a aparecer el lago.

—Sí, muy bonito —contesto sin prestarle demasiada atención.

—¿Te pasa algo? —pregunta con un ligero tono de duda en su voz.

—¿¡A mí!? ¡Qué me va a pasar! ¡Nada en absoluto! ¿Nos acercamos al edificio a ver si hay alguna exposición interesante? —digo demasiado rápido.

«Joder... si es que no sé mentir».

Antes de que me conteste yo ya estoy dirigiéndome hacia allí; me ha parecido ver una pareja hablando cerca de la escalinata y creo que son ellos.

—Claro...

Ella duda, debe notarme extraña, pero supongo que después de los

días que hemos pasado, lo que menos debe imaginarse es que voy a organizar todo esto sin contar con ella. Tiemblo un poco ante la perspectiva de ver enfadada a Carmen.

—¿Por qué vas tan rápido? —pregunta un par de pasos por detrás de mí.

—No voy rápido, es que me apetece ver si hay alguna exposición de fotografía o no.

Ella se calla y se pone a mi altura, creo que tiene la mosca detrás de la oreja. Caminamos por el sendero que rodea el estanque hasta llegar a la puerta.

Y allí están, Silvestre se ha girado ante el aviso de Tobías y me mira con una sonrisa triunfal en la cara.

—¡Anda! —exclamo quizá con demasiada alegría—. ¡Qué coincidencia! ¿¡Qué tal chicos!?! —«¿Y por qué mierdas sigo gritando?».

—¡Hola Jimena! ¡Carmen! —exclama Silvestre, también exagerando un poco.

Carmen y Tobías están quietos mirándose el uno al otro sin decirse nada.

—¿¡Qué hacéis por aquí!?! —«¡Hostia, Mena, deja de gritar!».

Hago un gesto extraño a Silvestre. Se me está yendo de las manos.

—Hemos venido a dar una vuelta y a tomarnos el aperitivo. Este fin de semana nada de ensayar.

—Me parece bien, hay que descansar.

Nos quedamos los cuatro en silencio, los aludidos siguen sin hablarse y Silver y yo nos miramos sin saber qué más decir. Carmen me mira de reojo. Soy amiga muerta.

—Pues parece que hoy se va a quedar buen día —salto yo al cabo de un rato. Carmen levanta una ceja. Encojo los hombros. Lo de hablar del tiempo es universal, ¿no?

—¡Por favor! —exclama Silver levantando los brazos y dejándolos caer en gesto de frustración absoluta, les mira alternativamente y empieza a hablar—: Mirad, necesitáis hablar, ¿vale? Tenemos muchos amigos en común y nos vamos a estar viendo cada dos por tres. Así que dejaos de malos rollos y comunicaos como dos personas adultas que sois. Mena y yo nos vamos. Ya hablamos luego.

Le da una palmada demasiado fuerte en la espalda a Tobías y un beso en la mejilla a Carmen antes de cogerme de la mano y tirar de mí. Yo levanto

la mano para despedirme de ellos, pero enseguida me doy la vuelta para seguir el ritmo de mi amigo que está a punto de echar a correr, supongo que antes de que cualquiera de los dos se arrepienta.

—Por aquí —susurra mientras gira a la izquierda y se camufla detrás de un matorral cercano al edificio.

—Tío, ¿en serio? —murmuro mientras me agazapo a su lado, cual ninja en plena misión de espionaje.

—A ver, tengo que saber si el plan ha funcionado o no.

—Ya pero esto de espiar a nuestros amigos a escondidas...

—Está genial, ¿verdad? —me sonrío y yo pongo los ojos en blanco.

—Sí está genial, pero si en un rato no vemos nada, nos vamos y esperamos pacientemente a que nos informen ellos, como dos personas civilizadas.

—Aguafiestas.

—Vieja del visillo.

Nos asomamos lo más disimuladamente posible, apartando un poco las hojas del matorral.

—¿Ves algo? —me dice.

—Veo la espalda de Carmen nada más.

—Espera.

Se coloca al otro lado y se estira por encima de mí. Es más alto que yo.

—Vale ya les veo.

—Yo no, retransmíteme, anda.

—¿Cómo me has llamado antes? —Yo le pellizco un abdominal, porque michelín no tiene, y este se queja—. Vale, vale, bruja.

—¡Dale ya! —achucho—. ¿Qué ves?

—Carmen está con la cabeza agachada y Tobías está hablando pero no la mira. Carmen levanta la cabeza..., ¡y un brazo! Parece que le quiere tocar, pero lo baja.

—Ay pobre... No se atreve a tocarle ¿Y ahora? ¿Qué ves ahora?

—Tobías acaba de mirarla a la cara y parece que la está increpando.

—Observo que Carmen le está contestando—. Carmen está empezando a hacer aspavientos.

—Eso lo estoy viendo.

—¿Quieres que te lo cuente o no? —pregunta mirándome desde arriba

mientras estrecha los ojos.

—Perdón, perdón, ya me callo.

—Parece que están empezando a levantar el tono de voz... Ahora se callan. Tobías mete las manos en los bolsillos y agacha la cabeza. Carmen aprovecha para apoyar la mano en su pecho.

—Es el hombro.

—Te vas a ir a la mierda, Menita, cariño.

—Ya está, lo prometo; ya me callo.

—No se aparta.

¿Tobías no se aparta? Esto lo tengo que ver. Me incorporo y me estiro para poder ver la escena por mis propios medios.

—Tía, que nos van a ver —dice, intentando quitarme de en medio.

—Déjame.

Me coloco mejor, camuflada entre las hojas del matorral. Y les observo en la distancia. Tobías acaba de levantar la mirada y se la sostiene a Carmen, que efectivamente está apoyando la mano cerca de su pecho. Ninguno se mueve, parece que Carmen está hablando y Tobías está escuchando atentamente. Después baja la mano rompiendo el contacto y Tobías asiente ligeramente.

La pose de Carmen cambia, está mucho más relajada y sé, estoy convencida de que ha conseguido el perdón que buscaba. Supongo que ahora tendremos que esperar a que todo siga su curso, a que, además de perdonarse, consigan olvidar todos estos meses. Que sean capaces de dejar todo de lado y construir algo juntos... lo que sea.

—¿Ya estás soñando despierta? —pregunta Silver cerca de mi oído haciendo que se me erice la piel y que me acuerde de Rodrigo y sus caricias.

—Un poquito —susurro con una sonrisa.

—¿¡Estáis jugando al escondite!?! —nos grita un niño a nuestro lado que nos hace pegar un bote hacia atrás antes de ser descubiertos por nuestros amigos.

—No, que va —dice Silver revolviéndole el pelo.

—¿¡Estáis investigando las plantas!?! —sigue gritando el niño. «¿Pero por qué tiene que hablar así? ¡Nos van a pillar!».

—Sí, eso es. Queremos hacer un libro de campo —hablo yo por decir algo y que se calle de una vez.

—¿¡¡Papá, podemos hacer un libro de campo con estos chicos!!?! —

Mira hacia la zona donde están Carmen y Tobías y nos señala.

«¡La madre que lo p...».

—Otro día, chaval —contesta Silver mientras me coge de la mano y me hace correr al ver que Carmen empezaba a asomarse para ver qué decía el niño.

Corremos hasta la fuente del Ángel Caído y, cuando llegamos a la zona de las barcas, paramos a recuperar el aliento y nos empezamos a reír.

—¿Crees que lo habrán arreglado? —pregunto sin dejar de sonreír.

—Estoy convencido. Ya me he encargado yo de allanar el camino esta mañana.

Empiezo a aplaudir y le abrazo.

—Ojalá que todo vuelva a ser como antes.

—O mejor, cariño. O mejor.

Vuelvo a hacer el camino a casa andando, igual que la semana pasada.

Han sido unos días muy intensos. Miro la hora de nuevo, todavía no ha amanecido al otro lado del charco, pero sigo sin tener noticias de Rodrigo, en todas estas semanas no ha pasado ni un solo día sin estar en contacto y ya ha pasado un montón de tiempo. No puedo evitar preocuparme.

Suspiro antes de meterme una gominola en la boca. Se me ha acabado la bolsa, pero en casa tengo más, así que no me entretengo a comprar. Quiero llegar cuanto antes a casa, ver a *Coco* y esperar a que sea la hora para poder llamar a Rodrigo.

Entro en mi calle y sin darme cuenta acelero el paso. Como si una fuerza superior a mí me animara a llegar a casa cuanto antes. Abro el portal, subo los peldaños de dos en dos y meto la llave en la cerradura.

Me quedo parada.

No está la llave echada.

El corazón se me va a salir por la boca. ¿Por qué...?

Abro la puerta de golpe y me llevo las manos a la boca. Rodrigo aparece ante mí, con *Coco* subido en la cabeza, mirándome con esos ojazos grises, su barba de tres días que me vuelve loca y una sonrisa que hace que se me caigan las bragas a pulso.

—No me lo puedo creer... —susurro con las lágrimas apunto de rodar por mis mejillas.

—Hola, Jimmy.

Se muerde el labio mientras se acerca a mí y el sollozo que sale de mi garganta me pilla desprevenida. Sigo parada, bloqueada. Él avanza despacio mientras se quita al gatito de encima y lo deja con cuidado en el suelo.

—¡No me lo puedo creer! —grito esta vez antes de lanzarme a sus brazos y comérmelo a besos. Oler su colonia en su piel y no en las paredes de la casa me desestabiliza, me hace perder el norte, y paso a darle pequeños morsdisquitos—. ¿Pero no llegabas mañana?

—Te echaba de menos, necesitaba venir... En cuanto grabé la última escena cogí todas mis cosas y adelanté los billetes. Llevo día y medio viajando con un montón de escalas.

—¡Pero te habrá salido por un ojo de la cara! —regañó con una sonrisa de oreja a oreja, feliz por tenerle al fin en casa.

—Me da igual. Tenía que estar ya aquí contigo, celebrar que te han cogido, que tengo unos bailarines cojonudos, que voy a sacar mi single... Y estaba hasta los cojones del productor de la película.

Sonríó feliz de tenerle conmigo, por fin. Acerco mi boca para besarle de nuevo y él atrapa mi labio inferior entre sus dientes tirando con suavidad.

El latigazo de calor que me provoca ese simple gesto me abrasa desde mi centro hasta las orejas y hace que eche la medida por la borda. Toda la necesidad y la frustración de estos días atrás, hace que colapse mi sistema y enloquezco. Imito su mordisco antes de meter mi lengua en su boca y gimo fuerte al sentir el sabor de su saliva, convirtiendo el momento en algo intenso, salvaje, y muy, pero que muy, necesario. Me aprieta el culo y me alza de manera que puedo engancharme con las piernas a su cintura. Sentir nuestros sexos unidos provoca que Rodri termine de perder los papeles y me empotre contra la pared del pasillo, me apoya en ella y sus manos se pierden por mi cuerpo, pero no es suficiente. Me baja y empieza a arrancarme la ropa. Y yo a él. Creo escuchar a *Coco* maullar, pero eso ahora no tiene importancia. Rodrigo está aquí, conmigo, en casa... ¡Y vamos a follar!

Nuestros labios no han dejado de estar en contacto en todo este proceso, pero necesito más. Empiezo a tirarle del pelo y le escucho gruñir. Me coge en brazos de nuevo y, en lugar de llevarme hasta el cuarto, me lanza sobre el sofá. Mi clítoris palpita de anticipación.

Tenemos solo la ropa interior, pero esto no es obstáculo para que me muerda una teta. Me lame el abdomen y sube a mi boca de nuevo.

—No estoy para preliminares —me avisa.

—Ni yo —digo mientras me froto contra su dureza.

No espera más. Se saca la polla del calzoncillo, me coloca a un lado mis bragas de Mafalda y me penetra sin más. El aire se me queda atorado en la garganta. La sensación de plenitud, me hace no pensar en nada. Solo siento paz. Y amor, mucho amor recorriendo mis venas, galopando rápido y directo a mi corazón. Empieza a moverse mientras me tira un poco de la melena. Nos miramos a los ojos, entremezclando nuestros alientos y sonreímos antes de estallar en un rápido y muy fugaz orgasmo.

Es demasiado vergonzoso haber durado tan poco, tanto que los dos empezamos a reír. Escuchamos al gato maullar, entonces somos conscientes de que hemos tenido testigos y nos reímos aún más fuerte.

—Te he echado de menos...

—Bienvenido a casa.

EPÍLOGO

Me parece estar escuchando el timbre de la puerta, pero ahora mismo no estoy segura ni de cómo me llamo. Y se está tan a gusto...

Rodrigo y yo hemos tenido un encuentro tras otro desde hace doce horas y estamos exhaustos. Vuelve a sonar el timbre. ¿Quién nos llama ahora?

Miro el reloj; son las doce. Rodrigo duerme enredado entre mis piernas, después de la paliza de viaje y mi bienvenida tiene que estar exhausto, pero le tengo que despertar. *Coco* empieza a maullar, el timbre le ha despertado.

—Rodri —llamo suavemente mientras le meneo el hombro. No es normal que alguien nos llame a estas horas y soy una acojonada.

—Mmm.

—Rodri; están llamando a la puerta.

Se levanta como un resorte, consciente de que no son horas. Se coloca el pantalón de chándal y se pone de pie.

Voy detrás de él.

Vuelven a llamar al telefonillo.

Descuelga.

Rodri abre.

—Es Silvestre —dice con el ceño fruncido.

Abre la puerta, yo tengo la mano en el corazón que amenaza con salirse del pecho.

Aparece como un vendaval y se lanza a los brazos de Rodrigo. Está llorando.

—Silver, tío... —murmura Rodri metiéndole para dentro. Silver me mira.

—¿Qué ha pasado, cariño? —Me acerco hasta ellos y acaricio su espalda.

—Bruno...

CONTINUARÁ...

ADMDC

I

Escucho a Rodrigo trastear en la cocina mientras acaricio la cabeza rapada de Silver. Lleva un buen rato recostado en mi regazo, desde que ha terminado de contarnos lo que le ha pasado con Bruno. La verdad es que si llego a tener a ese impresentable delante le doy de hostias hasta en el carnet de identidad, por imbécil, por jugar con mi amigo, pero sobre todo por ser mala persona. Porque lo que le ha hecho es muy ruin.

No me puedo creer que esta misma mañana estuviéramos de risas en el Retiro, mientras le montábamos la encerrona a Carmen y ahora estemos en esta situación. Me parece increíble... e injusto.

Cuando me he despedido de Silvestre en la salida de O'donnell del parque, me ha comentado que se quería ir directo a casa y que aprovecharía que hoy no iban a ensayar los chicos para pasarse por la academia y practicar unos pasos en solitario, quería crear algo nuevo aparte de todas las coreos que ya estaba montando. Nos hemos dado un abrazo de los nuestros y se ha ido corriendo a coger el autobús para llegar cuanto antes, comer, sestear y recoger un poco.

Silver estaba llenando el cubo para fregar el suelo cuando el móvil empezó a vibrar en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Diga? —preguntó nada más desbloquear el teléfono sin mirar quién estaba llamando.

—Hola, Sil.

—¿Bruno? —adivinó mientras fruncía el ceño. No solía recibir llamadas de él. Una sonrisa esperanzada iluminó su rostro—. ¿Cómo estás?

—Bien, a punto de bajar a Madrid. ¿Vas a hacer algo esta tarde?

—Pensaba ir a bailar un poco aprovechando que hoy los chicos no van. Quiero probar unos pasos nuevos.

—Pues si me da tiempo a lo mejor me acerco, he quedado en el centro para cenar.

—Genial.

Cuando colgaron Silvestre se quedó observando el teléfono, expectante, pensando que quizá se tomaría en serio aquello que hablaron el otro día, aquello de quedar para algo más que no fuera follar. A lo mejor quería bailar con él de nuevo...

Pero no fue así, ni por asomo.

Nada más entrar en la academia Silver echó el cierre a medias y se fue a la sala principal. Allí puso a todo volumen la canción de *Missing you* y se dejó llevar. No llevaba ni una hora bailando cuando escuchó el timbre del local. Cogió la toalla y se acercó para ver quién era, sabiendo en su fuero más interno que el que llamaba era Bruno.

Quitó el cerrojo y abrió la puerta de par en par. Terminó de levantar el cierre a pulso para que pudiera pasar fácilmente y después lo dejó caer. Ni siquiera le dio tiempo a procesar que estaba buenísimo con esa chupa de cuero y ese pelo con tupé, en cuanto el pobre Silver soltó la persiana, Bruno le cogió del cuello para aplastar su boca contra la suya, acorralándolo poco a poco contra la pared de la entrada.

Esa fue su perdición; igual que si hubiera encendido un interruptor, el cuerpo de Silver reaccionó en consecuencia, se preparó para él y se dispuso a recibirlo con todas sus consecuencias. Sus besos demandantes, sus manos queriendo acaparar todo su cuerpo al mismo tiempo, le volvían loco. Y eso era lo peligroso: Silver perdía completamente el control cada vez que Bruno le tocaba.

Los besos dieron paso a los mordiscos, los suspiros a jadeos y la ropa empezó a estorbar. Pero ni siquiera eso le paró. Bruno estaba dispuesto a follar allí mismo, a pesar de que tuvieran el cierre a medio echar, y aunque la puerta se hubiera quedado abierta. Le dio la vuelta, le bajó un poco el chándal que llevaba puesto y se hundió en él.

Fue rápido, salvaje, casi primario... y tan visceral que, por un momento, Silver pensó que cambiaría, que esta necesidad hacia él tenía que significar algo más. Pero Bruno no se quedó. Se disculpó insistiendo en que había quedado, en que le ponía muy cachondo verle sudado y con la ropa de ensayo y que no se había podido resistir. Entró en el baño de los vestuarios, se lavó y se fue; dejó a Silver de pie en el vestíbulo de entrada con la peor

sensación que había experimentado nunca después de un encuentro sexual y eso que, a lo largo de toda su vida, había tenido muchos más de lo que le hubiera gustado reconocer.

Antes de que saliera por la puerta, Silver le paró con toda su verdad y la madurez que el paso de los años le había otorgado:

—¿Qué somos, Bruno? ¿Significo algo para ti o solo estás jugando conmigo? —preguntó dispuesto a obtener una contestación fuera como fuese. Bruno le miró socarrón.

—No veas fantasmas, Silver. Somos amigos que lo pasan muy bien cuando están juntos...

—Pues yo quedo con mis amigos a tomar cañas y a ver una peli de vez en cuando. No solo para follar.

—Sin agobios, Sil...

Y se fue.

Después de esa visita intentó centrarse de nuevo en el baile, en la coreo que quería modificar y en otras que tenía en mente desde hacía días. Pero fue incapaz, así que se cambió y se fue de allí. Decidió ir dando un paseo hasta su casa, cogió el móvil, se puso los cascos y conectó el reproductor de música del móvil. El error fue consultar el *Whatsapp*. Allí en los estados que Bruno no paraba de actualizar podía ver a la perfección cómo Bruno, el que hacía apenas un par de horas había estado bombeando en su interior, se lo pasaba pipa con otros dos chicos.

Se quitó los cascos de un manotazo y se puso a correr sin saber exactamente hacia donde.

Sin darse cuenta había llegado hasta nuestro edificio, y cuando vio a Rodrigo plantado en la puerta, después de tantos meses sin verle, dispuesto a consolarlo entre sus brazos como siempre, se desmoronó.

Ahora ya está más tranquilo. Mis caricias en su cabeza han surtido efecto y se ha relajado. Pero estaba tan tenso cuando ha empezado a contarnos la historia que pensé que se le contracturarían hasta las orejas.

Coco aparece maullando en el salón haciendo que vuelva en mí. Levanto la cabeza y veo a Rodrigo cargado con la bandeja con las tazas de té para nosotros y de tila para Silver.

—Gracias —musita desde mi regazo sin mover ni un dedo.

—De nada, hombre. Déjame que termine de prepararlo —dice mi

chico mientras empieza a echar el azúcar en la taza. Yo me centro de nuevo en nuestro amigo; resigo el tatuaje de su cuello por enésima vez: *Love revolution*

—¿Qué significa? —pregunto bajito, temiendo romper el momento.

—No se dicen los significados de los tatus, Mena —me regaña Rodri; yo le saco la lengua.

—Me lo hice cuando me atreví a decirle a mis padres que era homosexual —confiesa a media voz. Rodrigo sonrío de medio lado, cómplice porque seguramente él sabe la historia; me callo siendo consciente de que sus recuerdos no me pertenecen y de que el pequeño pinchazo en el pecho no son celos malos, sino lástima por no haberles conocido antes.

Suspira y se incorpora, dispuesto a tomarse el brebaje que ya tiene delante.

El silencio que inunda el salón se ve interrumpido por el repiqueteo de las gotas de lluvia que están empezando a caer, y un escalofrío me estremece de pies a cabeza.

—¡Joder! —grito mientras cojo la manta del sofá y me la echo por encima, la verdad es que se nota no tener el calor del cuerpo de mi amigo entre mis piernas. Rodrigo se dirige hacia el dormitorio y coge los dos edredones nórdicos que tenemos allí.

—A ver si me ayudas a convencerla de que tenemos que cambiar de casa... —dice ofreciéndole uno a Silver y sentándose a mi lado para acurrucarnos debajo del otro.

—No hace falta que él me convenza, sé que tenemos que cambiarnos de piso, pero ahora no es el momento —respondo torciendo un poco el morro. Ya lo hemos hablado en varias ocasiones; me cuesta desprenderme de mis recuerdos aquí. Aunque la calefacción cada vez caliente menos y las ventanas cada vez enfríen más.

Niega, dejándome por imposible como siempre, y me acoge entre sus brazos. Yo le respiro y me hago una bola contra su costado. *Coco*, que había estado dormitando en su cama, al vernos en el sofá se sube a nuestro lado y se acomoda en mi regazo.

Silver nos mira y sonrío, reflejando cierta melancolía.

—Eso es lo que quiero encontrar, alguien con quien acurrucarme en el sofá cuando tenga frío, y parece que estoy condenado a los amigos con derecho a roce para los restos.

—Encontrarás a ese hombre. Hombre, Silver, no chico —suelta Rodrigo

mientras estira el brazo para empezar a hacer carantoñas al gato.

—Eso, hombre. No niñato de mieceerda —alargo la palabra aposta y le escucho reír; lo imito. Anda que menuda diferencia con Carmen, una huyendo del compromiso y el otro buscándolo a toda costa... Carmen...—. ¡Mierda!

Pego un bote en el sofá asustando a todos en el proceso. Pero ahora me da igual... ¡Me he vuelto a olvidar de Carmen, del móvil y de todo! ¿¡Qué voy a hacer con esta cabeza!?

Entro en el cuarto buscando el bolso para recoger el móvil y cuando lo consigo veo que no tiene batería.

—¡Jooooder! —exclamo con el corazón al galope.

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunta Rodrigo recogiendo del sofá al pobre *Coco* y poniéndolo en su regazo. Silver me observa con el ceño fruncido.

—Que me he olvidado de Carmen. Otra vez. Acababa de hablar con Tobías y... y... ¡Y no sé cómo han terminado!

Me doy cuenta de que estoy dando vueltas sobre mí misma buscando el cable y que no lo veo por ningún lado. Silver señala hacia la estantería.

—Anda, que si es un perro... —le digo con una risa un tanto histérica.

Observo cómo el móvil resucita mientras juro en arameo. Dos minutos después empiezan a entrar todas las notificaciones que no he visto desde... ni se sabe.

—¿Y bien? —pregunta Silver. Creo que él también se ha olvidado de ellos.

—Tengo una llamada perdida suya, un mensaje en el *Whatsapp* llamándome perra y un mensaje de voz.

—Te va a poner a parir —me dice Rodri, riéndose de mí, el muy...

—Seguro —le apoya Silver.

—Cuando hacéis comandita no hay quien os aguante, que lo sepáis. — Me voy al cuarto para tener algo de intimidad antes de darle al *play*.

«Menuda amiga estás hecha. Me haces una encerrona y desapareces. ¿¡Sabes lo mal que lo he pasado sin poder contarle a nadie lo que ha pasado con Tobías!?! Tendría que dejar de grabar este mensaje y que te quedaras con las ganas. So asquerosa; pero como sé que eres un desastre y que probablemente hayas perdido el móvil, o la cabeza, o las dos cosas, voy a hacer como si nada. ¿Preparada? Allá voy... Hemos hablado largo y tendido en el Retiro,

hemos paseado y contado lo que hemos hecho estos meses, yo no le he contado absolutamente todo, pero sí parte. Él tampoco me ha guardado fidelidad eterna cosa que agradezco, por eso de la culpabilidad y tal; hemos quedado en ir despacio, en tomarnos nuestro tiempo... pero me ha acompañado a casa y... solo te diré que la polla la sigue teniendo igual de grande».

—¡She!

Agradecimientos

Gracias muchísimas gracias a ti, por haber confiado en esta historia y por dejarte llevar por las locuras de Mena y sus amigos. ¿Sabes? Muchas veces la palabra gracias se nos queda pequeña, muy pequeña para expresar todo lo que un autor siente al terminar un libro.

Son muchas las personas que aparecen en escena, las que no quieres que se te olviden bajo ningún concepto, las que puede que se te olviden pero no porque pienses menos en ellas... Son muchos los factores que hay que tener en cuenta a la hora de dar las gracias.

En esta ocasión no voy a seguir ningún orden en concreto, aporrearé el teclado según lo dicte el *corazonzuelo*.

Primero tienen que ser ellos, mi motor, mi gasolina, mi vida: **mis Albertos**, porque gracias a su apoyo incondicional, a sus sonrisas cuando han hecho falta, a las horas que he dejado de estar con ellos para estar aquí, con Mena, a sus ánimos en los momentos de bajón, yo sigo escribiendo.

A mis niñas, mis hermanas del alma, porque no solo han sido clave en el proceso de elaboración de este libro, sino porque son fundamentales en mi vida.

A ti **Di**, porque gracias a tu sinceridad y cariño Mena ha vuelto a brillar con luz propia. Porque nos entendemos tan bien, que así da gusto crear; y porque te quiero en mi vida para siempre, tan cristalina y real como eres. Tan amigaza. Tan tú. No creo que te extrañe si te digo que te quiero. Mucho.

A ti **May**, por ser como eres, clara, directa, sencilla y con un corazón que no te cabe en el pecho; porque tu ayuda, tu filtro, ha sido fundamental para perfilar a mis chicos; porque nosotras somos como somos, sin artificios y sin mentiras. Reales. Y porque te quiero, coñe.

A mi familia, padres, suegras, hermanos, sobrinos, cuñados, tíos y primos. Gracias por apoyarme en cada paso, en cada decisión, en cada elección.

A **Magda, Jose y Sebas**, mis chicos de Autores Indie AB, con los que he creado unos lazos tan fuertes, que dudo que se rompan un mucho tiempo. Por su apoyo incondicional y su fe hacia mí y mi trabajo. GRACIAS

A mis niñas del Templo del placer, de las que no me olvidaré nunca, así pasen mil años: **Teresa, Nuria, Nury, Cris, Vero, Reby, Marieta, Pe, Mifer,**

Meryjo, Mábel, Ana, Anuska, Monika y Sira. Porque gracias a vosotras empecé y porque gracias a eso estoy cumpliendo un sueño. GRACIAS.

A mis primeras lectoras a las que adoro con todo el alma: **Gema, Liberty, Paloma** y su hija **Lucía**, maravillosas chicas a las que conocí haciendo cola en una firma en la Feria del Libro de Madrid y que espolean mis musas cada vez que me dicen que les encantan mis historias. GRACIAS.

A **Mar** y **Natalia**, porque aunque quizá piensen que estoy loca, no lo demuestran y me apoyan, lo cual agradezco muchísimo. Porque aunque echo de menos esos cafés, sé que volverán. GRACIAS.

A unas personitas muy especiales que se han hecho hueco en mi corazón a través de este mogollón de las redes sociales, a las que quiero y a las que, sobre todas las cosas, admiro muchísimo: **Gemma Herrero, Eva Zamora, Iván Gilabert** y **Marta Abelló**.

Al resto facebookero: **Marta Sebastián, Elisabeth Marrón, Kike Vidal, Samir Dabián, Johana Arteaga, Estefanía Yepes, Fran Barrero, Gema Tacón, Pedro Carbonell, Elena Fuentes, AV San Martín, Fran Barrero, Kris L. Jordan, Daniel G Segura, Pedro B Brais, Fran Rodriguez Marín, Manolo Sanhauja, Isabel Edrielle, Nere Gurutxeta, Lordes Tello, Katy molina...** Y seguro que me olvido de alguien, pero gracias de todas formas por hacerme llegar vuestro cariño y apoyo a través de la pantalla.

Y por último a unas lectoras muy especiales que siempre están ahí, contra viento y marea: **Sonia Aguirre, Joaky Carrasco** y **Laura Duque**. Gracias a vuestros comentarios, vuestras palabras, vuestro apoyo, escritoras locas como yo seguimos adelante. Se os quiere. Mucho.

Derechos

A lo largo de la historia habréis visto que hay determinadas referencias a canciones, autores y personajes conocidos.

Say something de Cristina Aguilera

Wrecking Ball de Miley Cyrus

Missing you y *Earned it* de Blake Mc Grath

Chiquilla de Seguridad Social

Hotter than Hell de Dua Lipa

El vampiro al que hago referencia es cualquiera de los Cullen de la *Saga Crepúsculo* de Stephanie Meyer.

Las películas *Ghost* de Jerry Zucker y *Dirty Dancing* de Emile Ardolino.

Cuento con el consentimiento expreso de las autoras Gemma Herrero Virto y Ana Idam para utilizar a sus personajes en mi novela:

Coco, que aparece en *Zhilan* de Gemma.

Brais, que aparece en *Presente. Pasado... Tú* de Ana Idam.